

La Ilustración Artística

Año XV

← BARCELONA 9 DE MARZO DE 1896 →

Núm. 741



LA DOLORES, estatua en barro cocido de Rafael Atché

(Salón Parés)

ADVERTENCIAS

Con el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de los correspondientes á la serie de 1896. Será éste la preciosa novela alemana de la célebre escritora Eugenia Marlitt *La princesita de los brezos*, en elogio de la cual sólo diremos que ha sido traducida á los principales idiomas y que en Alemania se considera como una de las mejores de la ilustre popular novelista. Hemos adquirido el derecho exclusivo de traducción para España de tan interesante libro, que publicaremos ilustrado con multitud de grabados intercalados en el texto y con algunos cromos.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre el cuento original del eminente novelista Emilio Zola *La muerte del aldeano*, que publicamos en las páginas 206 y 207.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Entrada de Carlos V en Amberes*, por R. Balsa de la Vega. — *El viejo y la niña*, por F. Moreno Godino. — *Waterloo literario*, por A. Sánchez Pérez. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea* con noticias de *Bellas Artes*, *Teatros* y *Necrología*. — *Problema de ajedrez.* — *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — *La muerte del aldeano*, por Emilio Zola.

Grabados. — *La Dolores*, estatua en barro cocido de Rafael Atché (Salón Parés). — *Hans Makart.* — *Entrada de Carlos V en Amberes*, copia del famoso cuadro de Hans Makart. — *Deliciosa melodía*, cuadro de Conrado Kiesel, grabado por Hesser y Kirmse (de fotografía de la Unión Fotográfica de Munich). — *La Victoria* y *La Historia*, estatuas que figuran en el monumento que se erige en Ruhrort á la memoria del emperador Guillermo, obra de Gustavo Eberlein. — *El viejo y la niña*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Ofrenda á la Virgen*, cuadro de José Garnelo (Salón Parés). — *Sir Jhon Millais*, nuevo presidente de la Real Academia de Londres. — El célebre poeta francés *Arsenio Houssaye*, recientemente fallecido. — Dos grabados que ilustran el artículo de Emilio Zola *La muerte del aldeano*. — *Medalla conmemorativa de la cesión hecha por el Estado á la ciudad de Barcelona de los terrenos que ocuparon las antiguas murallas*, premiada en concurso público, obra del escultor Eusebio Arnau.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Cuestiones coloniales. — El eje de la política universal. — Necesarios anatemas á la guerra. — Fenómeno político. — La supremacía de Rusia en el planeta. — Preocupaciones de Inglaterra por esta supremacía y sus medios de defensa. — Rhodes y Kruger. — Llegada de Jameson el filibustero á Londres. — Protesta contra el senado yankee. — Conclusión.

No hay más que cuestiones coloniales en el mundo: los franceses tienen la cuestión de Madagascar, los italianos la cuestión de Eritrea, los alemanes la cuestión del telegrama de su emperador al presidente Kruger, los ingleses las cuestiones del Transvaal y del Cabo, los españoles la cuestión de Cuba, los rusos la cuestión de Corea, como si el eje de la política se hubiera separado de nuestra Europa y quedaran sus dos polos en el Oriente y en el Occidente extremos, pasando todo él por los mares, y no como antaño, por el continente nuestro, que ha ejercido una soberana hegemonía en el planeta por espacio de siglos y más siglos. ¡Cuántas consecuencias intrincadas traen tales gravísimos hechos, y cómo anda uno sobre todos ellos con el temor de que alguno estalle y abra volcanes asoladores en el suelo é incendie los aires con apocalípticas tempestades! Nada me repugna y me subleva en el mundo como la guerra, necesitada de organizar sus fuerzas en un verdadero despotismo; esgrimida siempre con violencia y siendo esencialmente un mal, aunque vuelva por el bien; olvidada por completo de todas aquellas nociones del derecho humano sin las cuales no tienen precio alguno la vida y vuelven las sociedades al período de los caníbales, como si reinaran aún sobre nosotros los dioses del odio, los dioses antropófagos, cuyas narices se abrían como las narices de los tigres al hedor de la sangre, y cuyo exterminador espíritu, encerrado en cielos de tinieblas, se gozaba con los holocaustos cruentos y los sacrificios humanos.

* *

Está pasando un fenómeno que pocos advierten, y que influye con influencia soberana sobre todos: el aumento de la prepotencia moscovita en el mundo. Llámase al predominio de un territorio sobre los demás de cualquiera región hegemonía, desde las eda-

des en que hubo la guerra del Peloponeso por la superioridad política ó moral disputada entre Atenas y Esparta sobre toda Grecia. Pues Rusia no ejerce hoy hegemonía sólo sobre nuestra Europa; la ejerce desde los muros de China hasta los mares de Cádiz; la ejerce indisputablemente sobre todo el viejo mundo, mayor, mucho mayor, que la ejercida por los Estados Unidos sobre todo el Nuevo. Que Francia dispuso de Europa desde los días primeros de la centuria expirante hasta el año catorce por medio de Napoleón; que dispusieron los reyes y emperadores del Norte desde la batalla de Waterloo en el año quince hasta la cuádruple alianza en el año treinta y cuatro; que desde la cuádruple alianza entre Inglaterra y Francia y Portugal y España, hasta la terrible catástrofe de Sedán, dispusieron franceses é ingleses, según lo demuestran, así la guerra de Crimea como la guerra de Italia, y así la guerra de Italia como la guerra de China; que desde la catástrofe de Sedán hasta la retirada de Bismarck, dispuso Alemania de todos nosotros á su guisa, no cabe duda de ningún género, pues son fases del tiempo las así caracterizadas que se hallan reconocidas por todos cuantos estudian y conocen la historia contemporánea. Pero como lo más difícil va siendo el conocimiento de los hechos diarios, apenas enlazables unos con otros en la viveza y multiplicidad de nuestras emociones personales, impositivas de toda sistematización regular, nadie nota cómo anda Rusia, cual no se nota casi cómo anda el tiempo y no se nota nada cómo anda el planeta. Mas, miradlo, un veto suyo ha detenido los japoneses en su marcha triunfal, y los ha sacado, no obstante, victoriosos, de la Mandchuria vencida; otro veto suyo ha destruído la influencia de Austria en los Balkanes y logrado que príncipes tan católicos como el hijo de una Orleans y la hija de una Parma bauticen al primogénito de sus amores en la religión oriental más ó menos ortodoxa búlgara, feudo religioso y político ya de la santa Rusia; otro veto suyo ha hecho que Inglaterra desistiera de sus pretensiones acerca del régimen favorable á la infeliz Armenia, y ha repuesto el sultán sobre su trono despótico cuando parecía casi depuesto; una maniobra suya se ha incautado del gobierno de Corea, constituyendo esta península misteriosísima so el protectorado ruso indirecto, contra todos los esfuerzos y maniobras del Japón; demostrando así que aumenta y crece hasta posesionarse de dos continentes la realización de aquella profecía del emperador Napoleón, que anunciaba, en las previsiones del mirar suyo de águila, como, para la próxima centuria, Europa sería ó republicana ó cosaca.

* *

Así comprendo yo que Inglaterra se halle muy embargada por estos terribles síntomas del avance ruso, y se aperciba con todos los medios posibles á procurarse un seguro venidero y una defensa enorme. Bien lo necesita, pues Rusia, que le iba cerrando antes por tierra desde las mesetas centrales del Asia tártara todos los caminos terrestres á Persia y á China y á India, se le cuela de rondón ahora en el mar y en el río amarillos, disputándole con su largo cetro territorial el poderoso tridente oceánico. Mas no se duerme Inglaterra en las pajas. Fortalecida por el más potente factor de influencia que puede imaginarse, por su oro, y teniendo á su disposición aquella fuerza de que no pueden disponer ya los Estados ni en Europa, ni en América, un presupuesto con superávit, no solamente ve crecer sus escuadras, sino aparejarse y moverse con una grandeza y una rapidez inexplicables. Tanto su ministro de las Colonias, Chamberlain, como su ministro de la marina, Gorchon, aseguran, y no mienten, haber llegado en el poder colonial y el poder marítimo de la Gran Bretaña en el mundo á términos que parecen soñados. Pero esta grandeza le suscita dificultades y conflictos no envidiables en las cinco partes del globo, muy propios para quitar el sueño á sus estadistas con frecuencia. Cola de cometa siniestro extiende la cuestión del Transvaal desde las riberas del Cabo hasta la desembocadura del Nilo y desde la desembocadura del Nilo hasta las orillas del Támesis. El grande africano Rhodes, una especie de Yugurta europeo, reinando so el regio manto y la imperial corona de Victoria, su reina, entre republicanas denominaciones y enseñanzas, no se contenta y satisface, tras haber tendido á los pies de su ilustre soberana dominios innumerables y mágicos, que parecen como inscritos en los fantaseos de las *Mil y una noches*; no se contenta y satisface con esta obra fantástica, la cual cree pobre y pequeña en comparación de la intentada para lo futuro, y pretende acrecentarla, siquiera en este acrecentamiento alguna vez tropiece con obstáculos invencibles y haga correr á la metrópoli, con

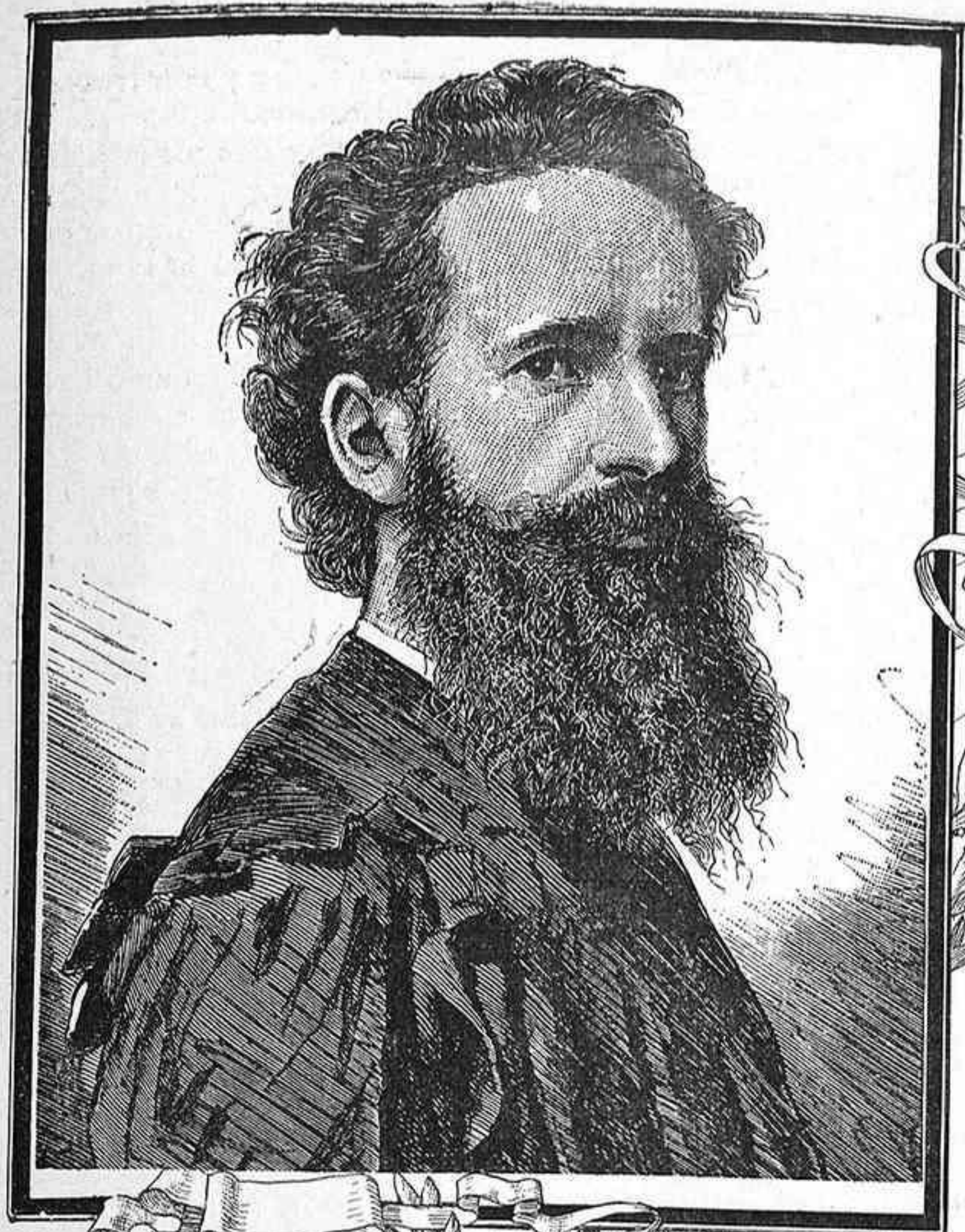
su emperatriz y todo, riesgos ó daños gravísimos. Los que conocen á este hombre, muy extraordinario, le atribuyen al par de una codicia por el oro sin límites, una tan grande ambición que le suponen capaz de arrancar la corona cedida por necesidad á la reina, y coronarse ó César de un Imperio negro inacabable ó Cronwell de una República. Pero las gentes británicas, muy satisfechas del magno esfuerzo que supone todo esto en su patria y gente, recelan dos cosas: bien un escándalo colosal, en cuya comparación quede lo del Panamá cosa baladí, bien una sirte de complicaciones intercontinentales como la surgida últimamente con el emperador alemán, en las que recaiga sobre la cabeza de su patria una responsabilidad tan enorme como la de haber encendido en el planeta la guerra universal, cuyos estragos pueden dar al traste con todas las grandezas de nuestra ilustre civilización y con todos los productos del trabajo universal. Y hay para temerlo, y mucho, visto lo visto, visto lo que ahora mismo está sucediendo entre Inglaterra y el Transvaal.

* *

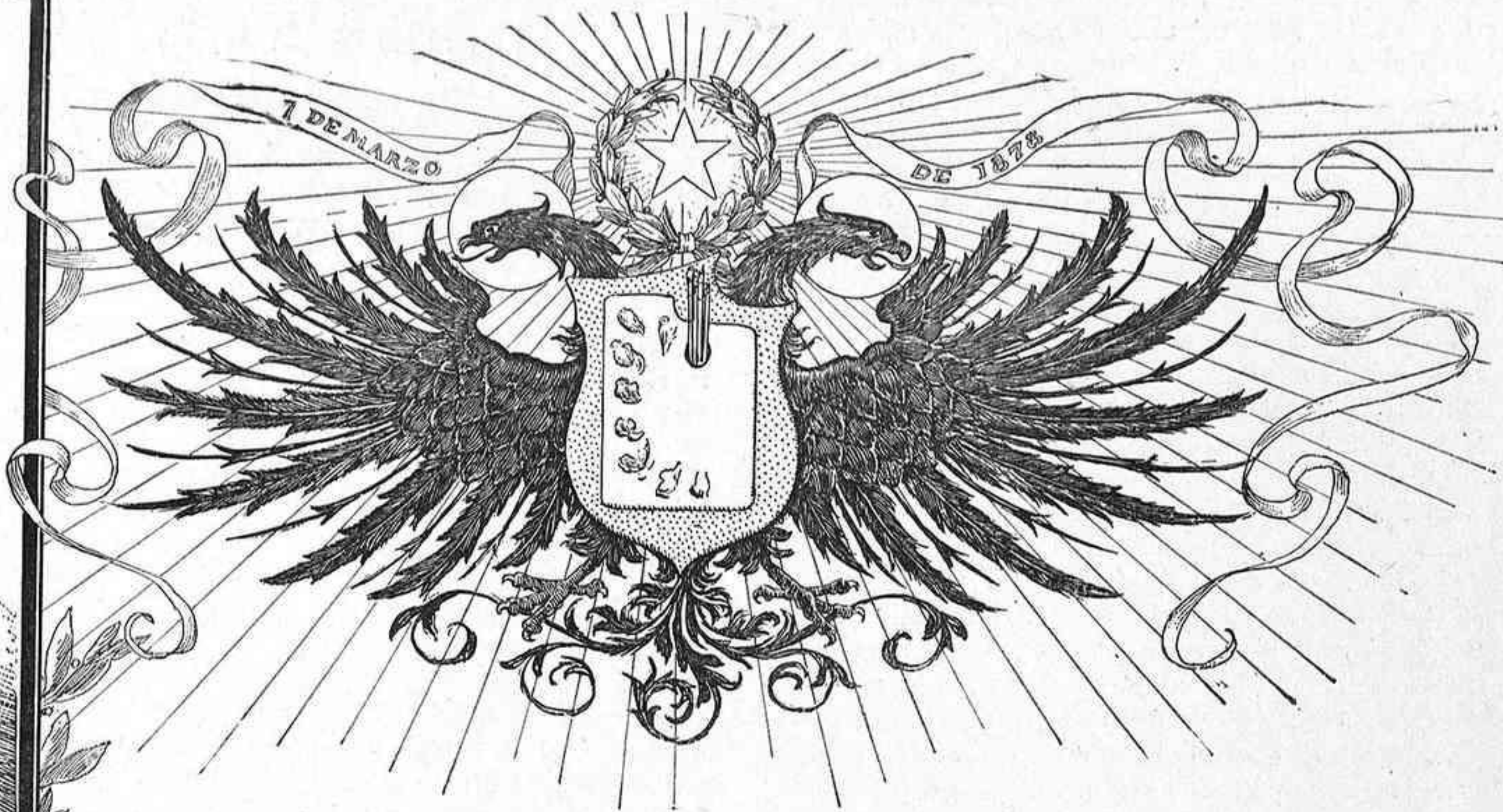
Las peregrinaciones emprendidas por los jefes de las colonias del Cabo y al Cabo próximas encierran tal número de instructivas enseñanzas, que no debemos ni desatenderlas, ni descuidarlas, si deseamos estar enterados del complicadísimo asunto. Desde luego el explorador y gobernante á quien los ingleses idolatran, este célebre Rhodes, cuyo nombre no podemos elidir un minuto por sus obsesiones al gobierno y al pueblo de Inglaterra, se había partido de sus Estados como reo, por causante de la última perturbación, y vuelve á sus Estados, cuando no ha podido aducir excusa de ningún género, como vencedor. Después de haber sido el general y jefe supremo en la triste aventura del médico Jameson; después de haber tirado la piedra esconde la mano, y se reduce todo el castigo que le han impuesto á un viaje más ó menos cómodo por aguas y arenales más ó menos extensos, y á una conversación larga con el superior jerárquico más ó menos embarazosa. En cambio el instrumento de sus maniobras, el verdugo cumplidor de sus sentencias, el cabecilla de sus irrupciones, Jameson, va preso desde el Transvaal á Inglaterra como reo de lesa nación, y lleva consigo presos también y sometidos á la justicia histórica los que componen el ejército roto que tantas pesadumbres acaba de dar á Inglaterra y tantos males ha podido inferirle. Y se ha dado el rarísimo ejemplo de que mientras la policía los vigilaba, y las cárceles se abrían á su paso para recibirlos y por ende penarlos, el pueblo les ofrecía palmas con laureles y les atornaba los oídos con fragorosos vítores. Vestían los insurrectos vestimentas ceñidas á su cuerpo en Africa y ostentaban las pruebas de convicción que debe atraerles el justo castigo. Y no solamente ostentaban todo esto, sino que hacían un relato casi homérico de sus hazañas, ennegreciéndose la conciencia y la memoria con la incomprensible arrogación de crímenes que no han cometido y de muertes que no han hecho. Doscientas ochenta víctimas se imputaban á su voluntad y á su nombre tan gárrulos criminales; y el gobierno á quien asaltaban y que los ha vencido, no quiere la gloria consiguiente á un extraordinario esfuerzo, y se resigna con no haber tenido necesidad del sacrificio ni de una docena entre soldados suyos muertos y heridos, para salvarse del tremendo enemigo. Mas sea de todo esto lo que quiera, si así reciben los ingleses al vencido, entre loores y alabanzas, ¿no puede recelar el vencedor que lo reciban á él entre denuosos y silbidos? Sin embargo, el íntegro y estoico Kruger, que hizo un viaje tres lustros ha, sacudiendo en él una parte de las obligaciones que le impusiera la Gran Bretaña, se dirige hacia Londres en requerimiento de nuevas garantías, por las cuales puede presentar él en fianza un régimen más autonómico para los uitlanderes y una participación más activa en el gobierno municipal para los ingleses, que hoy explotan aquellas minas y que desistirán de proteger nuevas invasiones en cuanto alcancen una mayor libertad.

Dondequiera que por grandes transacciones políticas se recaba un progreso pacífico y seguro, allí están siempre con sus adhesiones deliberadas y continuas, así nuestro corazón como nuestro pensamiento. Así no pueden estar, no, con el Senado de América, que ha cometido una vulneración tan escandalosa del derecho y de la jurisprudencia internacionales como el reconocimiento del carácter de beligerantes á los insurrectos cubanos. Protestemos con todas nuestras fuerzas y prometamos de grado *murmurar* un poco sobre tal escándalo en la cercana revista. ¡Todo por la patria!

Madrid, 3 marzo de 1896.



HANS MAKART



ENTRADA DE CARLOS V EN AMBERES

7 de marzo de 1878

Célebre cuadro de Hans Makart

Por una feliz casualidad he podido saber la fecha en que el celeberrimo lienzo que representa la *Entrada de Carlos V en Amberes* fué terminado, ó por lo menos dado como terminado por el artista, si no faltaban algunas de esas pinceladas que más bien por refinamiento del goce estético que al pintor produce la contemplación de su trabajo concluido, que por exigencia de la obra misma, se dejan para los momentos que preceden al de la exposición pública ó al del emplazamiento en el lugar á que se destine. Y esa casualidad á que me refiero es una carta dirigida

desde la capital de Austria á un pintor ya fallecido y residente en Madrid, y fechada en Viena el día 7 de marzo de 1878.

El párrafo de la carta citada, en que se refiere (ó refería) una visita hecha por nuestro representante en aquella corte al estudio del célebre pintor austriaco, es como sigue: «Por lo tocante á la Exposición universal de París, le diré solamente que de aquí saldrán para la capital de Francia, en los primeros días de abril y con el último envío, dos cuadros que, según dice el embajador que los ha visto y que ha sido invitado al efecto, como también lo más escogido de la sociedad vienesa, habrán de llamar la atención de un modo poderoso. No recuerdo ahora el nombre de uno de los pintores, pero sí lo que representa su cuadro (se refiere al de Munckasy, *Milton dictando á sus hijas el PARAISO PERDIDO*). Pero á pesar de los elogios que le digo, mayores son los que hacen del de *Carlos V entrando en Amberes*. Además de ser mucho más grande que el otro, es también mucho más alegre de todo, de color y de asunto; con decirle que hay mujeres desnudas, le digo bastante. El autor es joven, pero aquí tiene ya mucha fama. Hoy parecía un jubileo la casa de Hans Makart, que así se llama el colega de usted.»

Sabemos, pues, que en ese día conoció la *crème* de la sociedad vienesa el cuadro cuya *efeméride* conmemora en estas páginas LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

¿Quién no conoce el cuadro de referencia? La fo-

tografía y el grabado en todas sus manifestaciones reprodujeron la obra del artista favorito de la corte del emperador de Austria. ¿Quién no recuerda el éxito inmenso, más ó menos real, más ó menos justo, que obtuvo en la Exposición universal celebrada en París en 1878?

Cierto, certísimo que la crítica reformó al cabo parte de sus juicios respecto de la primera impresión que le había producido aquella vasta pintura de brillante colorido, de composición repleta de efectismos; mas á pesar de esto, la obra de Hans Makart quedó inscrita en las páginas de la historia del arte contemporáneo, aun cuando uno de los críticos eminentes de Francia escribiese en la revista *L'Art* (tomo II, correspondiente al año de 1879): «La pintura de este cuadro es más fácil que sólida; tiene la composición y el empaque de una *decor d'opera* y no el de un arte sincero y verdadero; no todas las figuras están en el plano que les corresponde, ni las líneas arquitectónicas aplomadas; el cielo se viene encima del primer término, pesando de un modo terrible... Las desnudeces son de un efecto, etc...»

Corto el párrafo, porque lo *de las desnudeces, clou*, como dijeron más de cuatro artistas y críticos, del éxito de Hans Makart, no fueron pintadas faltando en absoluto á la verdad histórica; antes por el contrario, los relatos que de las fiestas organizadas en Amberes, para solemnizar la entrada del que, andando los tiempos, había de vencer en Orán y de poner en grave aprieto á Francisco I, detallan por menores *de desnudeces* y otros excesos, dignos de



ENTRADA DE CARLOS V EN AMBERES, copia del famoso cuadro de Hans Makart

ser conocidos. Para mí tengo como cosa cierta que Hans Makart conocía el relato de Cornelio Grafeus, escrito en latín, y el del *Rafael alemán*, Alberto Durero, titulado *Diario de un viaje en los Países Bajos*. Dice Grafeus: «Cerca de las puertas de la ciudad habíanse instalado y dispuesto cuadros vivos, muy agradables de mirar. En ellos tomaban parte las más bellas jóvenes, como yo no las había visto nunca.» Por su parte Alberto Durero cuenta más tarde, en carta dirigida á un amigo llamado Milanchton, lo de los cuadros vivos, haciéndole una descripción tanto ó más detallada que la que hace en el citado *Diario*, diciendo «lo que había admirado» (¿y su mujer que por un quitame allá esas pajas le solfeaba de lo lindo?). A este propósito, ó ya en *este punto*, escribe el gran artista: «Dichos cuadros eran evidentemente representaciones de grupos mitológicos, en los que figuraban hermosas jovencillas, casi desnudas, pues tan sólo las cubría una muy ligera gasa de muchísima transparencia...» Más adelante refiere que «el joven emperador no las había honrado ni con la menor mirada...» Pero él (Durero) habíase aproximado á ellas *de muy buena voluntad*, así por ver qué representaban, como por contemplar sus perfectas formas. «Como yo soy pintor las miré sin mucho escrúpulo.» *Ego quia pictor aliquantulum irreverecundius circumspexi*. Habla también de las *diosas* que luciendo su belleza acompañaban al «joven emperador, llevando cada una un atributo de la majestad y del poder.»

Otros relatos existen de aquellas fiestas, cuyos originales (en parte) se conservan en los archivos de la Academia de Cirugía de Amberes (que también contribuyera al esplendor de los festejos), en el de la casa de la villa, en el de la del gremio de mercaderes de sedas, etc., que también hacen mención de los cuadros vivos y de las *diosas*. Así que por esa parte de *las desnudeces*, á las cuales achacaron, como digo más arriba, gran parte del éxito de Hans Makart, no puede hacerse hincapié, pues que «papeles cantan;» mas queda una duda por desvanecer, y esa duda es, si efectivamente el *joven emperador*, como llama Durero al hijo de Doña Juana la Loca, que no había honrado «ni con la menor mirada» á las jovencillas de los cuadros vivos, iba como lo pintó el célebre artista vienés, en medio de «*diosas*» cuyos trajes nada tenían que envidiar á los que describen Grafeus y Durero de las otras bellezas.

* *

Sea ó no exacta la representación histórica de Hans Makart, es indiscutible su importancia, y seguramente que así habrá de reconocerse andando los tiempos y cuando se pretenda llevar á efecto un estudio detenido del valor del arte pictórico de este siglo con relación al ideal estético y sus fines sociales. El lienzo *Entrada de Carlos V en Amberes* tiene, según mi sentir, tres aspectos para la crítica, los tres interesantes, y en los cuales solamente el crítico y académico español, ya fallecido, Sr. Tubino, medio columbró en el estudio que de Hans Makart hizo en las páginas de la revista *La Academia*.

Son dichos aspectos: primero, el que pudiera llamarse sintético de las condiciones artísticas del pueblo austriaco; segundo, el que atañe al modo de expresar por medio del color y de la línea, es decir, de la plástica; y tercero, el que se refiere al rumbo de las ideas estéticas y á la influencia del positivismo analítico de las ciencias históricas modernas.

Porque es curioso, más que curioso, importante, estudiar cómo en artistas de la altura del pintor favorito de la corte de Austria se amalgaman brillantes de paleta solamente advertidas en escuelas del Mediodía de Europa y en las de los Países Bajos hasta hace un siglo; las tendencias de línea de la escuela de Rubens; los romanticismos de concepto caballeresco que son característicos de gran parte de la obra artística y literaria de las razas germanas; el gusto femenino de la escuela modernista parisiense, y una especie de admiración del arte clásico de los paganos, que se vislumbra con bastante claridad en la misma traza y modo de colocar las figuras.

Seguro estoy de que tan heterogéneos elementos, á poco que estudien la obra de Makart, han de advertirlos cuantos lean estos renglones; que no solamente en este artista austriaco se miran reunidos, sino también en el autor de *Cristo ante Pilatos*. Pero sobre cuanto vengo diciendo, otro estudio y otra nota importantísima avaloran el cuadro de Hans Makart: el de la verdad histórica; la del interés de la pintura que aquí consideramos muerta y que en esos países del Norte vive pujante, *la pintura de historia*.

R. Balsa de la Vega

EL VIEJO Y LA NIÑA

I

El *Lebrijano* había sido un arrogante mozo que traía locas á las muchachas lugareñas y campesinas, y además era notable músico de inspiración; pues sin conocer ni por asomo el pentagrama, improvisaba brillantemente en la guitarra, la flauta y el violín. Fué también ágil y distinguido panderetólogo. Esto lo recordaban los viejos del Pedroso, suponiendo que en sus mocedades había ganado mucho dinero, puesto que el *Lebrijano* era el músico obligado de todas las bodas, holgorios y fiestas que se celebraban en las poblaciones limítrofes de Andalucía y Extremadura. Pero debió pasarle lo que á todos los artistas de verdadero genio: los años se le echaron encima, sobrevinóle la decadencia, y por consiguiente huyó de él la fortuna, que aborrece á la mayor parte de los viejos.

Así es que daba grima ver al tío *Lebrijano* (ya había ascendido á tío) con setenta y dos años á cuestas, solo, viviendo de la caridad pública, sin que nadie hiciera caso de su música.

Refugiábase de noche en una de las cuatro ó cinco cuevas que había en un montículo de las afueras del Pedroso. Nunca entraba en el pueblo, y casi todo el día le pasaba en un mismo sitio. Hace diez ó doce años había cerca del pueblo un arrabal, si puede llamarse así á un grupo de tres edificios, que eran el taller de carretería, una tahona y una fábrica de embutidos extremeños. Un camino llano, sombreado por una sola hilera de olmos, conducía desde el Pedroso al arrabal, y era aquél bastante frecuentado; pues además del taller, único en el pueblo, la tahona era famosa por el exquisito pan que elaboraba á imitación del de Alcalá de Guadaíra, y la fábrica de embutidos por lo sabroso de sus confecciones.

Pues bien: el tío *Lebrijano* se situaba bajo los olmos del susodicho camino en las primeras horas de la mañana ó cuando ya declinaba la tarde, pues eran las horas de mayor tránsito para ir y venir del arrabal. Constituían su traje un sombrero calañés atado con un pañuelo de hierbas á guisa de barboquejo, una capa corta de tiritaña, unas medias azules con ramificaciones encarnadas que sólo le cubrían las piernas y unos zapatos de cuero cordobés, claveteados; y lo raro era que este atavío, si bien bastante ajado y sucio, no se deterioraba con el transcurso del tiempo. Llevaba un zurrón de lienzo, que había sido blanco, pendiente de los hombros, y no bien sentía pasar gente, soplabá en un instrumento entre flauta y piporro de llaves oxidadas por falta de limpieza. Mechones de melena blanca asomaban por debajo del sombrero del tío *Lebrijano*, y su rostro de anciano bien conservado era simpático en sumo grado. Tenía un perro, no como lazarrillo, sino por compañero, y habíale enseñado á que solicitase limosna de los transeúntes, llevando en la boca una pequeña batea.

Durante las horas de calor, en las que apenas pasaba gente por el camino del arrabal, el músico portoso se refugiaba en un plantío próximo, que pertenece al ayuntamiento del Pedroso, ó bien junto al brocal de un pozo cegado que tenía un cobertizo de madera. A no ser por los amargos recuerdos de su bullanguera juventud y de sus triunfos musicales, es probable que el tío *Lebrijano* hubiera sido feliz en medio de su pobreza; pues bien ó mal no le faltaba cotidiano alimento, y con su organización de artista podía sentir y apreciar el paraíso que gozaba á sus anchas en los incomparables y pintorescos alrededores de aquel pueblo andaluz, el más ameno de la provincia de Sevilla.

Pero el anciano músico vivía triste: harto lo revelaban su aspecto ensimismado y su mirada de expresión melancólica y distraída.

La ancianidad aislada es un sonambulismo envuelto en la penumbra de la muerte que no dejará recuerdos ni hará verter lágrimas.

Así era que el pobre tío *Lebrijano* esperaba todos los días, con cierta ansiedad, la caída de la tarde, porque á esta hora veía á Cristeta.

¿Quién era Cristeta?

II

Pues era una muchachita de quince años, linda como una rosa, limpia como el oro y buena y compasiva como pocas. Tenía un hermano, ya entrado en años, que guardaba algunos predios que la municipalidad posee en el término del Pedroso, y ella servía en casa de un labrador bien acomodado, llamado de nombre Jeromo y por apodo *Pesetas*, por las muchas que se le atribuían. Estaba éste casado y no tenía más familia que un hijo de diez y ocho años

de edad que compartía con su padre y con tres mozos de labranza las faenas del campo.

En casa de Jeromo servían otras dos mozas; pero Cristeta, por más lista, era la exclusiva demandadera. Por eso iba todas las tardes al arrabal á comprar pan de la última hornada para la cena de la familia y morcillas extremeñas hechas á diario, que gustaban sobre manera á la mujer del labrador, que era algo glotona. Daba gloria ver á Cristeta con su pañuelo liado á la cabeza á estilo pasiego, su carita fina de expresión triste y soñadora, su vestido morado, de estameña y su delantal graciosamente recogido para no mancharse con la cesta que llevaba al brazo. El tío *Lebrijano* nunca faltaba al borde del camino cuando ella iba ó venía del arrabal, y siempre, como en son de fiesta, la recibía soltando de su piporro notas que por lo desacordes asemejábanse á aullidos; y no era seguramente por la morcillita y el bollo de pan que ella le daba, sino porque entre la niña y el viejo existía rara é inexplicable simpatía. Hasta se parecían ambos, sin mediar entre ellos ni el más remoto parentesco. Misterios, aún no explicados, de la sangre, que es la base de la vida, que hacen que personas desconocidas entre sí presenten idéntico aspecto é inclinaciones.

Lo cierto era que el pobre músico mendigo no tenía más que dos pasiones, Cristeta y su piporro; porque no podía resignarse á renunciar á su música, y por caso raro, de los cuatro instrumentos que había *tañido*, habíase reservado el más difícil y trabajoso. Era un ilusionista musical, y creía que los resoplidos que daba en su instrumento producían las brillantes notas que tanta fama habíanle valido en otro tiempo, así es que estaba admirado de que nadie hiciera caso de él; pero era orgulloso y ocultaba su despecho.

III

Una tarde no pasó Cristeta por el camino del arrabal á la hora de costumbre. El tío *Lebrijano* con este motivo estuvo desasosegado durante la noche y las primeras horas de la mañana, hasta que vio venir á la muchacha hacia el pozo bajo cuyo cobertizo solía guarecerse del sol. Venía Cristeta sin cesta y con aspecto triste. Contóle llorando que había sido despedida de casa de Jeromo porque habían notado que Fermín, el hijo de aquél, la miraba con buenos ojos. Además acusábanla de sisona, pues habían sabido que siempre traía una morcilla menos de las que entraban en un *paney*.

— ¿Sería la que me das todas las tardes?, preguntóle el anciano músico.

— Sí, Sr. Juan, contestó ella. ¿Pero qué importa eso?

— ¿Y es verdad que Fermín te quiere?

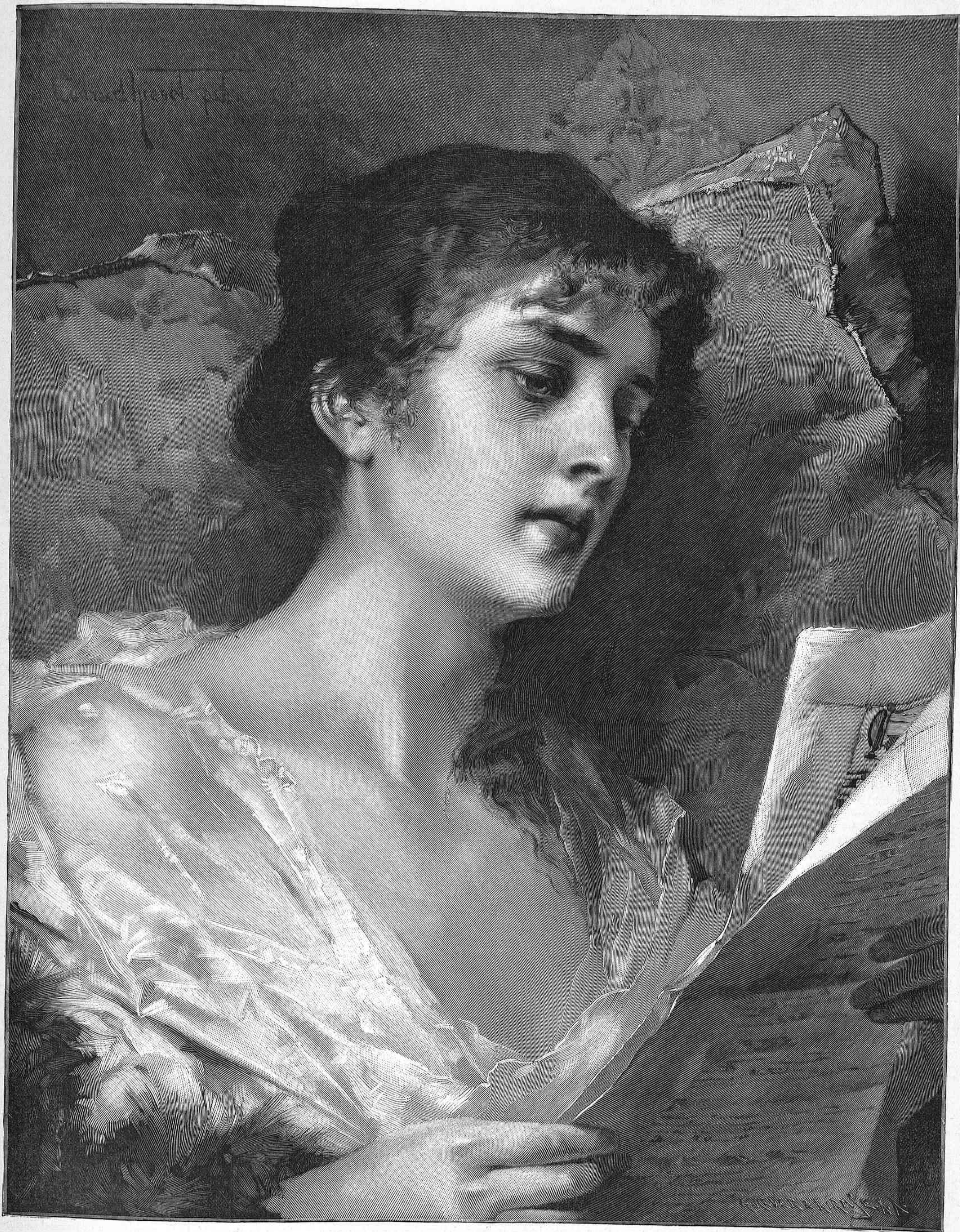
— Sí, volvió á contestar ella, bajando los ojos, Fermín es muy bueno y muy cariñoso; pero ya sabe usted que sus padres son á cual más desabridos y vanidosos. ¡Nunca consentirán en que se case conmigo!

Y la muchacha siguió lloriqueando.

— ¡Vaya por Dios!, exclamó el tío *Lebrijano*, acariciándole la cabeza y mirándola de un modo particular. Así son los ricos, creen que por serlo son de pasta distinta de los demás. Consuélate, hijita, que siendo tan buena y tan pimpollo como tú eres, no ha de faltarte un guapo y honrado muchacho.

— ¡Pero si yo no puedo querer más que á Fermín!, exclamó Cristeta con ingenuo arranque.

Desde aquel día, como la muchacha tenía poco que hacer, puesto que su hermano el guarda estaba casi siempre en el campo, hacía frecuentes excursiones á los sitios en que podía encontrar al tío *Lebrijano*, impulsada por la necesidad de desahogar sus penas con el pobre anciano, á quien quería como un padre. En la imposibilidad de darle ya morcillas y bollitos de pan sevillano, traía setas, moras, caracoles, cogollos de lechuga ó escarola y cuanto podía procurarse, y ella misma le preparaba estas viandas. Mientras lo hacía, contábale las novedades del pueblo y especialmente las que á ella le interesaban. Le contó que Fermín la buscó un día junto á su casa; que su hermano el guarda les había sorprendido y aconsejado á aquél que obedeciese á sus padres y que no se acordase de ella, porque *no querían cosas á la fuerza*. Contóle también que según se decía en el pueblo, en casa de Jeromo *Pesetas* no había tantas como se suponía; que se hallaba apurado, y que iban á sacarle á subasta un encinar por demanda de un usurero de Sevilla. Oía estas cosas el tío *Lebrijano* mustio y cabizbajo, ó á veces mirando á la muchacha con unos ojos que la asustaban. Porque desde hacía días el viejo músico había variado de carácter: de dulce y tranquilo habíase trocado en levantisco é inquieto; reñía al perro, tenía olvidado al piporro, cuando estaba sólo hablaba alto y manoteaba, y en resolución parecía como que le escarabajaba algo en el corazón ó en la conciencia.



¡DELICIOSA MELODÍA!, cuadro de Conrado Kiesel, grabado por Hesser y Kirmse
(de fotografía de la Unión Fotográfica de Munich)

«¿Qué tendrá el Sr. Juan? — se preguntaba Cristeta. — Parece como que le va á dar ramalazo de locura.»
Hasta el perro estaba preocupado; pues sabido es que los perros tienen más intuición que las personas. Una mañana dijo el tío *Lebrijano* á Cristeta:
— Mira, di á tu hermano que me vea hoy: le aguardo todo el día en el plantío, en el camino ó junto al pozo.

— ¿Para qué quiere usted verle?, preguntó Cristeta muy sorprendida.

— Ya lo sabrás; que no deje de verme, cuanto más pronto mejor.

Aquel día aumentóse la agitación del músico mendigo, vagaba de un sitio á otro como si tuviera hormiguillo; pero pareció sosegarse al ver al hermano de Cristeta, que se aproximaba al plantío.

Lo que hablaron ambos nadie lo supo. Lo cierto es que desde el plantío se dirigió Lorenzo, que así se llamaba el guarda de campo, á casa de Jeromo *Pesetas*, al que halló sentado en un poyo, á la puerta. Llévle aparte y le espetó á quemarropa la siguiente pregunta:

— ¿Sabrá usted que mi hermana Cristeta y su hijo de usted Fermín se quieren?

— ¿Y á mí qué me cuenta usted, si no han de casarse?, contestó Jeromo con desabrimiento.

— Es que mi hermana no está tan *desaviá*. Tiene mil duros de dote.

— ¡Mil duros!, exclamó Jeromo, en el colmo de la sorpresa. ¡Con algo menos evitaba yo que me vendiesen el encinar!

El resto de la conversación se comprenderá por los resultados.

¡Pobre tío *Lebrijano*! ¡Cuánto tuvo que luchar entre su avaricia y el intenso cariño que profesaba á Cristeta! Le dió toda su fortuna acumulada á fuerza de años ochavo á ochavo. Sólo se reservó dos mil reales *para tener algo que contar*.

IV

La boda de Fermín y de Cristeta fué muy rumbosa; como que la costeó la marquesa del Predoso, que se hallaba de temporada en el pueblo de su título. Se celebró en un cortijo de dicha señora, distante media legua de la población. Se comió en el zaguán, que era inmenso, y después los novios y convidados se salieron á bailar á un patio en donde podían correr caballos. Componíase la orquesta de tres guitarras, dos bandurrias y una pandereta, con el aditamento del piporro del tío *Lebrijano*, que se empeñó en tomar parte en la música. Sentóse en medio de la orquesta, con un traje muy limpio arreglado por Cristeta y teniendo á su perro enroscado debajo de la silla. Rompióse el baile con una polca (en el Predoso son muy finos) en la que tomaron parte los nuevos desposados. La orquesta se desgañitaba á tocar; el viejo músico soplabá en su piporro, que apenas se oía; pero súbito salió del deteriorado instrumento un ruido tan grande, tan estridente y tan particular, que dejó á todos sorprendidos. Enmudeció la orquesta, suspendióse el baile, miraron todos al tío *Lebrijano*, incluso el perro, que aullaba; y ¡cuál fué el asombro de todos al ver que el anciano músico, soltando el piporro caía desplomado al suelo!

El médico del pueblo declaró que el tío *Lebrijano* había muerto de la rotura de un aneurisma.

F. MORENO GODINO

WATERLOO LITERARIO

A SAN RAFAEL,
en *La Correspondencia militar*.

San Rafael, que es un escritor ingeniosísimo y que, para mayor gloria suya, suele ser algo apasionado,

ve de *Castro y Serrano*, se siente tristeza profunda, no tanto por el que se muere, sino por los pocos que quedan, pues teme el alma quedarse sola, ó lo que es peor, quedar mal acompañada.»

Esto podrá ser una broma; pero convengan ustedes conmigo en que no lo parece.

Entendí, pues — y sigo entendiendo todavía, — que,

á juicio de *San Rafael* — cuya opinión tengo en mucho, — la España literaria se halla hoy en lastimosa decadencia, si con la España literaria de hace veinticinco años se la compara.

«Si es broma puede pasar;» pero si, como sospecho por la razón apuntada, no es broma, se hace preciso suplicar á *San Rafael* que rectifique su opinión y repare sus injusticias.

No es de ahora, no, el llorar decadencias literarias, más imaginadas que reales; en todo tiempo y en todos los países han lamentado supuestos decaimientos personas ilustradísimas que, justamente por serlo, conocían y estimaban lo mejor de lo mejor de los escritores del ayer, y lo bueno y mediano y malo de los escritores del hoy.

Como ha ocurrido siempre, lo malo y lo mediano abunda ahora mucho más que lo bueno; y por lo que hace á lo bonísimo ó sobresaliente, escasea en cualquier época. La comparación, pues, entre lo selecto del pasado y todo lo del presente ha de resultar por fuerza desfavorable para este último.

¿Cuántos escritores viven aún de los que en la antigüedad brillaron? Muy pocos. Y de esos pocos, ¿son conocidas y se han salvado del olvido muchas obras? ¡Oh!, no, muy contadas, las mejores entre las muy buenas. Esto explica de un modo clarísimo, cómo puede parecer decadente un período de la historia, aun siendo de indiscutible florecimiento, á los que en ese período viven y luchan.

Porque hay esto además: «la pasión, dice el vulgo quita conocimiento».

Y es exacto lo que dice el vulgo. No es razonable, ni es juicioso, exigir al combatiente que, en el fragor de la pelea, cuando enardecido el espíritu por la violencia del ataque y solicitada la atención por la necesidad de la defensa, solamente ve en sus contemporáneos, ó aliados á quienes defender ó enemigos á quienes combatir, serenidad de juicio bastante para aquilatar merecimientos literarios del enemigo ó deficiencias intelectuales del camarada.

Por eso dijo muy acertadamente el poeta, si bien refiriéndose á glorias de otra índole:

*¿Fué vera gloria? Ai pósteri,
Pardua sentenza, noi
chiniam la fronte al mássimo
Fattor.*

* *

Sí, la posteridad, la posteridad es la llamada á dictar fallos definitivos sobre lo que los predecesores valieron.

La posteridad..., sí; no por ser posteridad..., sino por no ser *contemporaneidad* — y séame perdonado el neologismo.

Hay ocasiones en que la juventud, la *gente nueva*, se adelanta un poco y ejerce de posteridad decre-



LA VICTORIA, estatua que figura en el monumento que se erige en Ruhrort á la memoria del emperador Guillermo
Obra de Gustavo Eberlein

condición sin la cual no hay hombre sincero, afirmó — hace ya muchos días — en uno de sus chispeantes é intencionados *tiroteos*, que no está enamorado de lo antiguo, ni es de los que repiten con *Jorge Manrique* que

«Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Y después de afirmar esto, puso á su afirmación el siguiente correctivo:

«Pero sería cerrar los ojos á la evidencia el negar que el último cuarto del siglo XIX es un Waterloo literario, al menos por lo que á España respecta.»

Como el susodicho *San Rafael* cultiva, de ordinario y muy felizmente por cierto, el género festivo; y como es humorista, aunque sin pretensiones de serlo, no estoy muy seguro de que dijese en serio lo del Waterloo literario.

Para sospechar que hablaba seriamente hay una razón poderosa, es á saber: la de que tomó por asunto de sus lamentaciones la nunca bastantemente deplorada desaparición del inolvidable *Castro y Serrano*, el insigne autor de *Cartas trascendentales* y de *La novela del Egipto*.

«... Cuando desaparece (decía *San Rafael*) de la lista de los vivos una personalidad literaria del relie-

tando honores excepcionales á personas ilustres que no lograron justicia de sus coevos. Tal sucedió, por ejemplo, cuando fué coronado el cantor de *El descubrimiento de la Imprenta*, nuestro gran *Quintana*; tal ha sucedido también cuando de Granada obtuvo idéntica honra el inolvidable *José Zorrilla*.

Pero si los nietos pueden juzgar, y juzgan con absoluta imparcialidad y libres de todo linaje de sugerencias, á sus abuelos, es indudable que los abuelos, si sobrevivieran, juzgarían, también imparcialmente y sin prevención, á sus nietos.

Esto, por regla general, no es posible; ocurre, sin embargo, que así como alguna vez las nuevas generaciones se adelantan para dictar fallo acerca del merecimiento de un poeta, vivo aún — poeta que por envidiable privilegio presencia la consagración de su gloria; — así, en ocasiones muy contadas, algún representante rezagado de generación que es ya ida, puede emitir opinión, sincera á fuer de desinteresada, sobre los hombres de la nueva.

Y en este concepto, puedo permitirme la osadía de manifestar á *San Rafael* que en sus juicios acerca de la actual decadencia literaria ha padecido error; error invencible, porque estudia á sus contemporáneos desde el mismo campo de batalla, en los momentos de la lucha y cuando el ardimiento del incesante combatir ha de quitar fatalmente claridad á su criterio y justicia á sus fallos.

Podría yo ahora, para dar fuerza á mis afirmaciones, mencionar, no ya á docenas, á centenares, nombres de poetas, de dramaturgos, de novelistas, de literatos consagrados á la dificultosa é ingrata labor del periodismo, que llenarían, no lo dude *San Rafael*, llenarían ellos solos muchas páginas de un libro. No quiero hacerlo, porque estas amistosas observaciones dirigidas al compañero podrían parecer pretexto para lisonjear á los amigos. Pero sin mencionar nombres, con lo que á más de parecer lisonjero habría de incurrir, contra mi voluntad y contra mis deseos, en inevitables cuanto injustas pretericiones, puedo repetir que tenemos hoy en España escritores insignes, poetas cómicos ingeniosos, periodistas de gran valer, críticos de primer orden, dramaturgos admirables que, transcurridos algunos años y cuando sin apasionamiento ni prevenciones sean juzgados, figurarán al lado de los que ilustran el segundo tercio de este siglo.

¿Dónde está otro *Don Alvaro*?, pregunta el ingenioso *San Rafael*.

¡Ah! Yo no voy á decirle dónde hay otro *Don Alvaro*; pero sí le recordaré que ese *Don Alvaro*, que á nosotros nos parece drama hermosísimo, fué acogido en la noche de su estreno con extremada frialdad por el público y tratado con desdén por la crítica de los contemporáneos del autor.

Allí, sepultada en el panteón del olvido, yacería la bellísima obra del duque de Rivas si á un actor no le hubiese ocurrido la descabellada idea (pues descabellada pareció á sus compañeros) de desenterrarla para su beneficio. *San Rafael* alude también á *Adelardo Ayala*, á *Ventura de la Vega*, á *Bretón*, á *Zorrilla*, á *Quintana*, á *López García*, á *Selgas*..., y pone tal vez en olvido, que muchos de esos hombres,

aunque por desgracia para nuestra literatura, hayan desaparecido de entre nosotros, pertenecen á la actual generación. *Ayala* es, si así puede decirse, de ayer; *Selgas*, *Lorenzana*, *Escobar*, *Fernández de los Ríos* fueron compañeros y amigos de muchos que militan hoy, y militan con gloria, en las huestes del periodismo.

Resisto, no obstante, á la tentación: me he propuesto prescindir de personas.

El ingenio, la agudeza, la *vis cómica*, la sal y el talento epigramático gastados diariamente en el sinnúmero de periódicos festivos que se publican hoy en España, donde hace treinta años apenas se podían sostener tres ó cuatro, serían más que sobrados para superar á cuantos en el siglo de oro discurrieron los mantenedores de nuestra novela picaresca.

Las *Ilustraciones* que hoy aparecen en España, y en cuyas columnas figuran firmas de literatos españoles, son hoy muchas más que en 1860...

Y es claro — *San Rafael* no puede negarlo ni desconocerlo, — la ley del progreso había de cumplirse en esto lo mismo que se cumple en todo. Cada generación, examinada en conjunto, vale más que la anterior á ella.

Que los *genios*, las verdaderas eminencias, los grandes hombres forman aparte, no hay necesidad de decirlo.

Pero los *genios* son pocos, muy pocos, y esos no pertenecen á ningún siglo, ni á ningún país; constituyen el patrimonio del género humano y pertenecen á todos los tiempos y á todos los países.

Prescindiendo de los *genios*, que nacen cuando deben nacer; cuando la humanidad, para la realización de una de sus maravillosas evoluciones, los necesita... en el campo de los simples mortales, no me parece que hay motivo bastante para que *San Rafael* nos hable de un *Waterloo literario*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

La Dolores, estatua en barro cocido de Rafael Atché. — Ya no presenta Atché las violentas manifestaciones que en la humanidad producen los dolores y sufrimientos, ya no representa las agónicas contracciones del moribundo, ni expresan sus obras el agobio del remordimiento, ni el estigma de la maldad, cual acontece en el *Mal ladrón* y en *El entierro de Judas*. Su temperamento suaviza sus juveniles energías, y sin olvidar su laudable propósito de imprimir á sus obras rasgos que las conviertan en trasunto de la realidad, inclínase á la expresión de sentimientos más tranquilos, aunque tan intensos, como los que revelan la actitud y el semblante de la protagonista de la inspirada obra de Feliu y Codina, *La Dolores*, hondamente sentida y magistralmente modelada.

La bella estatua que figura en la primera página en este número considerámosla como una de las producciones más salientes de Rafael Atché, á quien, con justicia, hay que aplaudir y considerar como uno de nuestros más geniales é inspirados escultores.

La bella estatua que figura en la primera página en este número considerámosla como una de las producciones más salientes de Rafael Atché, á quien, con justicia, hay que aplaudir y considerar como uno de nuestros más geniales é inspirados escultores.

¡Deliciosa melodía!, cuadro de Conrado Kiesel. — Ya en otras ocasiones hemos hecho observar á nuestros lectores la predilección que el ilustre pintor alemán siente, artísticamente hablando, por el sexo femenino: la mayor parte de sus cuadros, muchos de los cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son bustos de mujeres hermosas que juntos formarían una curiosa galería de bellezas. No es, pues, de extrañar que Kiesel haya llegado á dominar por completo este género pictórico en sus más diversas expresiones, desde el rostro de nítida blancura, de suaves líneas y azulado ojos, encuadrado por dorados rizos, hasta el de tez morena, acentuados contornos y ojos negros, al que sirve de marco negra y brillante cabellera.

Sir John Millais, nuevo presidente de la Real Academia de Londres. — El sucesor de lord Leighton en la presidencia de la Real Academia de Londres nació en Southampton en 1829; trasladóse su familia á Londres, y el niño Millais fué presentado por su madre al entonces presidente de



LA HISTORIA, estatua que figura en el monumento que se erige en Ruhrort á la memoria del emperador Guillermo
Obra de Gustavo Eberlein

Y olvida también que á esos hombres mismos á quienes hoy tributamos, unánimes todos, incondicional aplauso, fueron discutidos y aun *negados* por los que en su tiempo desempeñaban oficio de críticos.

Negar que el periodismo es hoy muy superior á lo que era en 1866, es negar lo evidente.

Existen hoy en España, no ya solamente en Madrid, en Barcelona, en Oviedo, en Coruña, en Valencia, en Sevilla y aun en provincias de último orden, periodistas brillantísimos, que á diario y á vuela pluma cincelan trabajos que hubieran firmado sin vacilar los Carlos Rubio, los Lorenzana, los Vildósola y los Montilla.

Lo que sucede hoy es que, por lo mismo que abundan, son menos citados. No pasa día sin que en alguno ó en algunos de los numerosos diarios que en España aparecen, leamos todos artículos muy superiores, por la alteza del concepto y por la hermosura de la forma, á los titulados *Misterios*, *Meditemos*, *La Clave*, *El Rasgo* y algunos otros que adquirieron inusitada celebridad.

Pugnando están por escaparse de mi pluma nombres de ilustres periodistas que son hoy juntamente honra y orgullo de la prensa española, y á los cuales, sin embargo, no se hace toda la justicia que merecen.



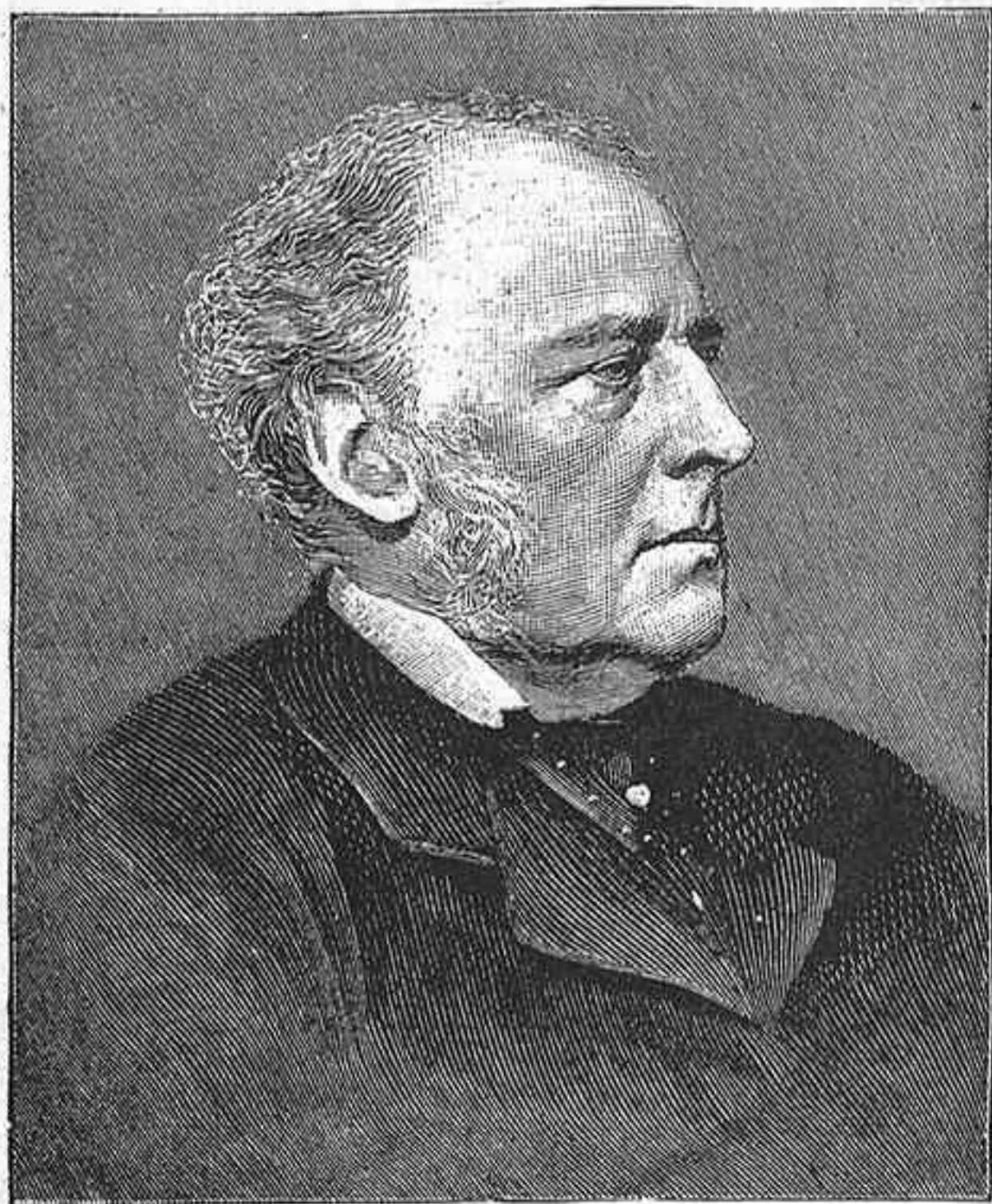
EL VIEJO Y LA NIÑA, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)



OFRENDA A LA VIRGEN, cuadro de José Garnelo
(Salón Parés)

la Academia, Sir Martin Archer, el cual, poco satisfecho sin duda de su profesión, dijo á la buena señora cuando ésta le expuso sus deseos: «hágale usted deshollinador antes que pintor.» Sin embargo, cuando vió los dibujos que como muestra le enseñaron, cambió de parecer, y Millais entró en la Academia: á



SIR JOHN MILLAIS,
nuevo presidente de la Real Academia de Londres

los nueve años de edad ganó un premio, y era tan pequeño que llamó la atención del personaje de la familia real que presidía la distribución y que no pudo menos que manifestar su admiración al precoz artista. A los diez y seis años expuso en la Academia su primer cuadro de importancia, el titulado *Pizarro*, y desde entonces sus triunfos fueron en progresión creciente hasta el punto de que siete años después era elegido asociado de la Academia, en la que entró como individuo de número en 1863. Millais ha cultivado todos los géneros pictóricos, el histórico, el religioso, el paisaje, la marina y el retrato, y hoy en día es reputado como uno de los primeros y más respetables pintores ingleses, por lo cual ha sido unánimemente aplaudida su elevación á la presidencia de la Real Academia.

La Victoria. La Historia, estatuas de Gustavo Eberlein.—Próximamente se inaugurará en Ruhrort (Prusia) un monumento erigido á la memoria del emperador Guillermo I y debido al célebre escultor Eberlein, autor de la mayor parte de los que se han levantado en Alemania en honor de aquel soberano y de los que conmemoran los hechos más notables de 1870 y 1871. Consiste el monumento en un obelisco de 20 metros de altura que se alza sobre un grandioso pedestal y al que sirve de remate la corona imperial sobremontada por un águila colosal de bronce con las alas desplegadas. En el pedestal están colocadas las dos estatuas que reproducimos: *La Historia*, representada por una hermosa matrona, cubierto el cuerpo por amplias vestiduras, y apoyando sobre sus rodillas el libro en cuyas hojas ha escrito el nombre del ilustre emperador y consignado sus principales gestas; y *La Victoria*, en figura de un héroe sentado sobre una piel de león, con un pie apoyado en un casco y empuñando con su mano izquierda una corona de hojas de laurel y roble. Completan el monumento un grandioso grupo formado por Guillermo I y Bismarck, que le presenta el documento de su proclamación firmado en Versalles, varios trofeos de armas, grupos de banderas, un relieve con la diosa de la Fama y de la Victoria, y un león que apoya sus garras sobre la bandera enemiga, que yace en el suelo. El conjunto del monumento resulta magnífico y original, y en las estatuas y en los más insignificantes ornamentos admira una ejecución perfecta que añade nuevos laureos á los infinitos logrados por Eberlein en su brillante carrera.

Ofrenda á la Virgen, cuadro de José Garnelo.—Tal es el título de uno de los lienzos que han formado parte de los varios que recientemente ha exhibido en el Salón Parés el meritisimo pintor D. José Garnelo. Desde que fijó en esta ciudad su residencia, al encargarse hace algunos meses de una de las cátedras más importantes de la Escuela de Bellas Artes, ha sido la primera vez que ha expuesto públicamente sus producciones. Y cuenta que con tal manifestación ha logrado una vez más poner de relieve sus cualidades como pintor y su talento como artista. Variadísimas han sido sus producciones, algunas de ellas inspiradas en conceptos modernistas, genialmente sentidos, como lo es el interesante lienzo titulado *Monte-Carlo*, notables representaciones de la pintura de género. *Ofrenda á la Virgen* es una producción bella y poéticamente interpretada. Nada más sencillo y grande á la par que la ofrenda que á la Madre del Crucificado ofrece el grupo de aldeanos, y sin embargo de esa simplicidad resulta la elevación del concepto y la expresión de un sentimiento puro y delicado.

El trazado de las figuras y su sobrio, pero castizo colorido, atestiguan la sólida instrucción pictórica de Garnelo, uno de los más entusiastas é inteligentes representantes de la escuela española.

Medalla conmemorativa de cesión de terrenos á la ciudad de Barcelona.—Acto de justicia fué la cesión hecha por el Estado á favor de nuestra ciudad de los terrenos viables en donde antes se asentaban las antiguas murallas. Barcelona habíala construído para su defensa á sus expensas, y justo era, por lo tanto, que no se le exigiera su valor. Para conmemorar este hecho, verdaderamente trascendental para los intereses de la ciudad, el ayuntamiento acordó acuñar una medalla, abriendo al efecto un concurso entre artistas españoles. Varios fueron los que en él tomaron parte, logrando llamar la atención el proyecto presentado por el distinguido escultor catalán D. Eusebio Arnau. Basta examinar la obra premiada para comprender su mérito. Explica perfectamente el tema y responde á las condiciones exigidas.

Cuanto á la obra en sí, diremos únicamente que está modelada con singular galanura, llamando la atención la esbelta figura del genio, interesante estudio que revela las condiciones y aptitudes de tan modesto como inteligente artista.

Si buscamos un punto de comparación, hallámoslo en la valiosa colección de medallas ejecutadas por el suizo Bovy, que se conservan en el Museo de Ginebra.

Arsenio Houssaye.—El notable escritor francés, recientemente fallecido, nació en 1815; hijo de un molinero, su educación hubo de ser muy sumaria; á pesar de lo cual, apenas llegó á París, siendo aún muy joven, dedicóse á la literatura y se hizo amigo de Hugo, Gautier, Nerval y Murger. Sus primeros ensayos tuvieron poco éxito, y sin embargo en 1843 pudo comprar el periódico *L'Artiste*, en el que colaboraban los escritores más notables. Al poco tiempo fué nombrado administrador de la Comedia Francesa, y gracias á él las puertas de la casa de Molière se abrieron á los literatos contemporáneos como Hugo, Dumas, Augier y Ponsard: Napoleón III le confirió á poco la inspección general de los museos, cargo del que le desposeyó en 1870 el gobierno de la República. Gracias á algunas afortunadas especulaciones sobre terrenos, Houssaye poseía ya entonces una gran fortuna, que le permitió vivir más que holgadamente. Cultivó distintos géneros literarios: de sus novelas merecen citarse *Las aventuras galantes de Margot*, *La virtud de Rosina*, *Las tres hermanas*, *Filósofos y cómicos*, *Las hijas de Eva*, *Blanca y Margarita* y *Cleopatra, historia parisiense*; de sus poesías, *Los senderos perdidos*, *La poesía en los bosques*, *Poemas antiguos* y *La sinfonia de los veinte años*; de sus obras dramáticas, *Los caprichos de la marquesa*, *La comedia en la ventana* y *La señorita Treinta y seis virtudes*; y de sus trabajos críticos, la *Historia del arte francés*, *Viaje á Venecia*, *Las mu-*



El célebre poeta francés ARSENIO HOUSSAYE,
recientemente fallecido

jes del tiempo pasado, *La historia de Leonardo de Vinci*, *Galería del siglo XVII*, y sobre todo la *Historia de la pintura flamenca y holandesa*.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LONDRES. — En la New Gallery se ha celebrado una notabilísima exposición de pinturas y otros objetos de arte español, que tantos y tan entusiastas partidarios tiene en Inglaterra. En ella figuraron: un cuadro atribuído á Antonio Rincón, el pintor de los Reyes Católicos, á quien se considera como el fundador de la escuela española; *Cristo llevando la cruz á cuevas*, de Morales; *La Virgen y el Niño*, de Luis de Vargas; un retrato del Greco, que representa á la hija de éste, y un cuadro *Pompeo Leoni modelando un busto de Felipe II*; un retrato de *Doña María de Padilla*, de El Mudo; un retrato de *Felipe II*, y otro del príncipe *D. Diego*, de Alonso Sánchez Coello; un retrato de Alonso Cano, pintado por él mismo; un *Retrato de un filósofo* y *Sacra familia y Santa Catalina*, de Ribera; un retrato y varios cuadros de monjes, de Zurbarán, algunos de Juan de Juanes; *Un mendigo*, *Aguador en Sevilla* y los retratos de *Mariana de Austria*, del *Príncipe Baltasar*, del *Duque de Olivares*, de *Quevedo*, de *Juan Pareja* y de *Felipe IV*, de Velázquez; y *Una florista*, *Niños jugando*, *El triunfo de la religión*, *San Buenaventura escribiendo las memorias de San Francisco después de la muerte de éste*, varias *Virgenes*, un retrato de *Don Andrés de Andrade* y *La historia del hijo pródigo* (cinco lienzos), de Murillo. Estos cuadros, como todos los que en la exposición se admiraban, han sido facilitados por sus poseedores, entre los cuales citaremos al duque de Wellingthon, presidente de la comisión ejecutiva de aquélla; lord Northbrock, lord Godolphin, lord Lyne Stephens, sir Francisco Cook y el palacio de Buckingham. Había además en la exposición gran número de preciosos ejemplares de armas, armaduras, bordados, encajes, tapices, objetos de cerámica hispano-árabe, manuscritos y joyas.

—La casa Christie, que se dedica á la venta de obras y objetos de arte, ha vendido durante el año 1895 por valor de un millón de libras esterlinas (25 millones de pesetas), habiendo percibido en concepto de comisión 75.000 libras (1.875.000 pesetas).

—La Sociedad de pintores orientalistas franceses ha celebrado su tercera exposición, en la cual figuraron, además de varios cuadros expuestos ya en los últimos Salones, como *El gran mercado de Tánger* y *En espera de los Aissúas*, de Girardot; *Regreso de la circuncisión*, de Barrias, y *Llegada de una caravana*, de Weeks, multitud de lienzos inéditos, todos sobre asuntos orientales. Entre éstos merecen ser especialmente citados: *Charlatanes*, pintura que produce una ilusión completa; *Un jinete en Mahari*, hermoso estudio en pleno sol, y *Muchachos árabes*, de Dinét; *La mezquita El-Djedid de Argel*, *La Kasbah*, *Camino de Toumourthy* y *Calle de Biskra*, de Chudant, de colorido menos acentuado que los de Dinét, pero todos ellos de una gran verdad; *En los terrados*, de composición complicada, y *A*

contraluz, de Taupin; varios estudios egipcios minuciosamente detallados y delicadamente pintados, de Gerome; los estudios de Túnez, de Bouchard, y los estudios de Argel, de Bompard, unos y otros admirablemente sentidos; *Ultimos rayos* y *Crepusculo*, de Lerroy; *En el Ued*, de Potter; *Barranco de Telemly*, de Tanzi; *Campamento y término de la jornada*, de Pinel; *La playa de Guet-N'Dar* y *la estación de los dátiles en El-Aghuat*, de Perret, y otros varios de Berchere, Huguet, Champeaux, Bridgman, Realier-Dumas, Laudelle y Mme. Lucas Robinet. El escultor Riviere Theodore expone una colección de figuratas de yeso, bronce y cera, modeladas con talento y gracia.

—En el Salón Petit ha expuesto una colección de sus obras un pintor hasta ahora desconocido, M. Levy-Dhurmer, de quien hacen grandes elogios los críticos. Uno de éstos dice: «¡Cuántos colegas suyos llenos de vanidad se verían en un aprieto si hubiesen de presentar en público la equivalencia de lo que de pronto ha dado á conocer este desconocido!»

—El célebre pintor berlinés Max Liebermann ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor en premio de los grandes éxitos conseguidos en las exposiciones artísticas parisienses. Uno de sus cuadros ha sido adquirido por el Museo del Luxemburgo.

PRAGA. — En virtud de un reciente decreto del gobierno, la administración pública se ha encargado de la Academia de Pintura de Praga, proyectándose construir para ella un edificio especial cuyo coste será de 750.000 pesetas.

Teatros.—En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha estrenado con excelente éxito una ópera de Leroux, titulada *Evangelina*.

—En los teatros de Inglaterra se han estrenado durante el año 1895 unos 470 dramas, de los cuales 432 han tenido escaso ó ningún éxito.

—En una sola semana se representaron hace poco en los teatros de Berlín trece obras francesas.

—Por indicación del emperador del Japón se ha formado en Italia una sociedad de ópera que habrá de cantar en la capital japonesa.

—En San Petersburgo ha alcanzado gran éxito una nueva ópera del compositor ruso Rimsky Korsakoff, titulada *Nochebuena*.

—En el teatro Mercadante, de Nápoles, se ha reproducido con gran aplauso la conocida y antigua ópera cómica de Cimarosa *Giannina e Bernadone*.

Necrología.

—Han fallecido: Octavio Terrillón, eminente cirujano francés, profesor de la Facultad de París, médico de la Salpetriere é individuo de la Academia de Medicina.

Antonio Windmaier, notable pintor bávaro.

Rodolfo Benedikt, profesor de Química analítica de la Escuela Superior técnica de Viena.

Miguel Mikeschin, escultor ruso y pintor de historia, autor del monumento de la emperatriz Catalina que hay en San Petersburgo y del erigido en Novgorod en conmemoración del milenario de la fundación del imperio ruso.

Felipe Rumph, pintor de género alemán.

Enrique Leslie, notable compositor inglés y director del coro que lleva su nombre y que se considera como el primero de Inglaterra.

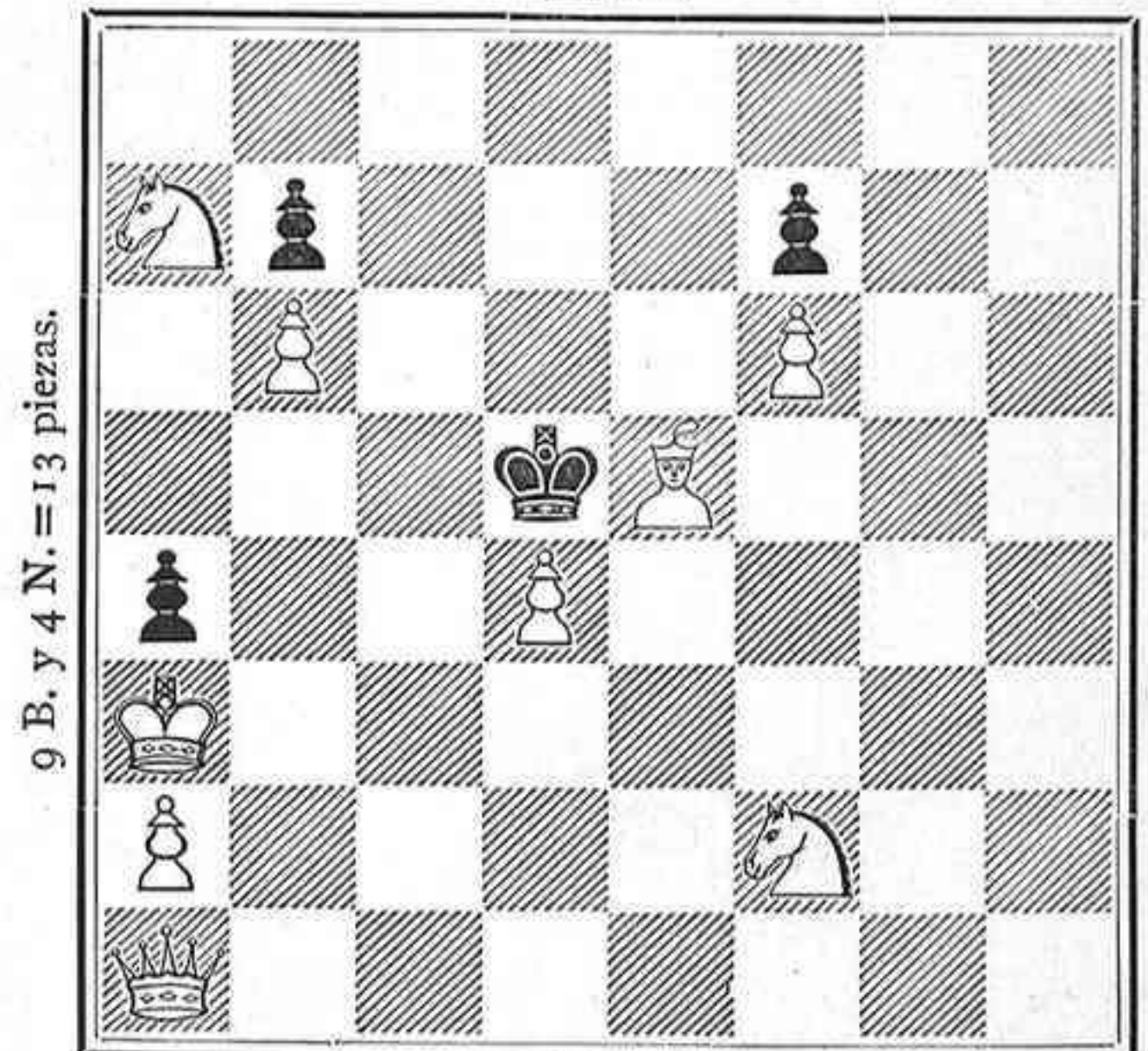
Ernesto Eichler, pintor y grabador alemán, autor de los dibujos de la magnífica obra sobre los sarcófagos antiguos, publicada por el Instituto Arqueológico de Roma.

Germanos, metropolitano de Atenas, jefe de la Iglesia griega.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 9, POR MIGUEL BOSCH Y MAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 8, POR ESTEBAN ESTORCH

Blancas.	Negras.
1. D 8 A D	1. R toma C (*)
2. P 3 D	2. R juega
3. D ó A mate.	

(*) Si 1: R toma A, las blancas continúan así: 2. D 4 A D jaque y 3. C 7 A R mate.

Cuando una especialidad posee una gran reputación, sucede que algunos vendedores al por menor, poco escrupulosos, proponen y hasta sustituyen á lo que se les pide, una imitación que LES DEJA MAS BENEFICIO. Esto es lo que sucede con la CREMA SIMON, que es, á la vez que el Cold-Cream más eficaz, el que sin embargo es más barato. Por lo mismo, las personas que tengan empeño en poseer la verdadera CREMA SIMON habrán de comprobar la firma de J. SIMÓN, París.



- ¿Estás contento? - ¡Oh, sí, amada mía!

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel primer solo de Eva revelábase una alegría cándida y juvenil, un asombro de niña ante las maravillas de aquel paraíso que acababa de nacer al mismo tiempo que ella, y donde todo era fresco, radiante y dulce. La primera frase era un conjunto de gracia y de discreto encanto: la artista retenía su voz, murmuraba su gozo, y suspiraba también su amor naciente, que apenas conocía aún. Todo aquello fué de una dulzura tan exquisita, que el auditorio retenía su aliento, y prodújose uno de esos silencios profundos más significativo que los aplausos. Después vino el gran dúo de Adán y de Eva, ese grito alegre y apasionado, esa entrada triunfal en la vida y en la felicidad que se considera tal vez aún como la obra maestra del compositor.

Entonces hubo un verdadero delirio; el público prorrumpió en aplausos y en aclamaciones, y tal fué el entusiasmo, que á pesar de la resistencia del director de orquesta, hubo necesidad de repetir el dúo.

La partida estaba definitivamente ganada, y ya no sería posible tratar á Villeroy como debutante; estaba clasificado para el porvenir entre los grandes compositores y sería necesario contar con él. El éxito, sin embargo, se debía, en gran parte por lo menos, á la maravillosa manera como su esposa había interpretado aquel delicioso fragmento de Eva. Los músicos convenían en que en la primera parte, toda de orquesta, había una inspiración tan elevada como en la segunda; pero que á causa de no haberse comprendido, había dejado al público muy frío.

El Sr. Macready salió del palco bruscamente; tenía tal necesidad de ver á Mila y hablarle, que no quiso esperar á que volviese á su casa, y llegó en el momento en que Villeroy le ponía su abrigo de pieles. Su traje, muy sencillo, consistía en un vestido de lana de color blanco de crema; y este color se armonizaba deliciosamente con el de las oscuras pieles, con el tinte de la tez y los ojos brillantes de la

diva. Cuando el Sr. Macready se acercaba á toda prisa, oyó murmurar estas palabras:

- ¿Estás contento?

- ¡Oh, sí, amada mía!..

Evidentemente mucha gente había ido á felicitarles, pues la reducida habitación estaba todavía llena en aquel momento de artistas, periodistas y amigos, que hablaban todos juntos, poseídos aún de la emoción que acababan de experimentar. Sólo en el momento de marchar pudieron murmurarse algunas palabras rápidas; la mirada decía lo demás. En aquel instante, el Sr. Macready sintió renacer de nuevo su furor. ¡Embriagarse con la mirada de una mujer, y sobre todo una mirada tan radiante y llena de pasión como la de Mila! ¿Qué no hubiera dado él por ser digno de ella?

La diva fué la primera en verle, y quedó como sobrecogida, casi atemorizada, ante la expresión de amargura de su rostro; pero esto no duró más que un

instante. Macready tomó su mano, y estrechó vigorosamente la de Villeroy, alborozado al ver á su antiguo amigo. Toda turbación había desaparecido, todo quedaba olvidado. El americano parecía estar tan completamente satisfecho como si hubiera continuado las relaciones con sus amigos durante los dos años que acababan de transcurrir. Su entusiasmo era tan realmente sincero como ardiente, y parecía que consideraba como una felicidad hallarse junto á sus antiguos «protegidos»

Se dejó conducir á casa de ellos, pasó una noche deliciosa, y convencido de la completa armonía de los dos esposos, se retiró al fin, prometiendo volver á verlos con frecuencia y ser de nuevo su amigo íntimo, el huésped mimado de la casa.

Y durante algunas horas se paseó, agitado y febril, por las desiertas calles de París, y volvió al fin á su casa cansado y furioso contra sí propio, enfermo por aquella pasión insensata de que se creía curado y que le hacía sufrir más que nunca.

XI

Los Villeroy seguían habitando en la bonita casa del barrio de la Estrella, por la que Mila sentía gran afección porque en ella había sido feliz. Parece que las paredes tienen como su perfume de las alegrías y de las tristezas humanas, y abandonarlas es á veces muy triste y doloroso.

La señora Fletcher, que no había vuelto á Seaport, vivía en una casa de huéspedes, no lejos de la de su sobrina, llena de americanos, y donde el acento nasal, grato para ella, se oía en todas las habitaciones de aquella casa muy cómoda y excesivamente caldeada.

El Sr. Macready había recobrado sus costumbres de antiguo amigo, con tanta naturalidad como si no hubiese salido bruscamente de Francia después de una escena violenta. Subía con frecuencia á casa de Mila para hablar media hora con su protegida, y de vez en cuando consentía en ser el tercero en su mesa. Al parecer estaba muy á su gusto y completamente satisfecho; su conversación era en algunas ocasiones irónica, y á veces deslizaba alguna palabra amarga; pero esto era una costumbre tan arraigada en él, que apenas se hacía caso de ello. Un poco alerta en los primeros días, Mila se tranquilizó pronto, persuadida de que había tenido un momento de locura, olvidado desde mucho tiempo antes, locura de un hombre que era ya maestro en el arte de hacerse desgraciado sin consideraciones á los demás. En cuanto á Villeroy, tan sólo había visto en la precipitada marcha de su antiguo protector una nueva excentricidad que no tenía importancia alguna. Por lo demás, complacía volver á verle, hablar largamente con él junto á la chimenea y recrearle con la música.

Todo parecía, pues, completamente tranquilo y feliz en el interior de la cálida y perfumada mansión de la cantante. Mila permanecía algunas veces silenciosa durante las conversaciones de los dos hombres, ocupándose en alguna ligera labor, que con frecuencia interrumpía para arrellanarse en un gran sillón, risueña y feliz. El Sr. Macready, no obstante, creía notar en ella algún cambio; más afeminada y más dulce que antes, rara vez tenía aquellos caprichos, aquellos arranques de niña mimada que en otro tiempo divertían tanto al americano. Éste acusaba en su interior á Mila de haber perdido su individualidad, dejándose absorber por la de su esposo, hasta el punto de no ver más que por sus ojos ni oír más que por sus oídos.

Cuando Villeroy se sentaba al piano, el Sr. Macready, colocándose en un oscuro rincón, que de preferencia elegía, no separaba la vista del rostro de la joven, observando sus labios entreabiertos, la respiración un poco más rápida y el brillo de los ojos. En cuanto á Mila, seguramente olvidaba la presencia del americano, sin pensar más que en su músico, pues sólo vivía para él y por él. Cuando Villeroy la hacía cantar, su voz exquisita se modulaba tiernamente, expresando la alegría ó la exaltación, ó la dulzura de vivir, con una ingenuidad y expansión encantadoras.

Cierta noche, Mila debía cantar el papel de Margarita, y el Sr. Macready rogó á Villeroy que ocupara una butaca de orquesta junto á la suya. Mila había desempeñado ya este papel al principio de su carrera, pero no con mucho éxito; después trabajó con Villeroy, y encargada ahora de cantarle otra vez, sentía cierta inquietud.

Sin embargo, todo marchó bien. Mila había cantado siempre con mucho acierto el aria de las joyas, y aquella noche lo hizo mejor que nunca, arrebatando al público. En las escenas apasionadas era seguramente donde se la debía juzgar; y Macready se dijo que la mujer se diferenciaba de la joven algo fría que

recordaba haber criticado severamente la primera vez que la vio vestida con el lindo traje blanco de Margarita.

La música, perturbadora, sensual, poética y como sobrecargada de perfumes demasiado penetrantes, llenaba el teatro, y la escena del jardín tocaba á su término. ¡Ah, no, ya no se podría acusar de frialdad á la diva americana! Su voz vibrante y cariñosa conmovía todos los corazones, y la embriaguez se apoderaba de todos cuantos la oían. Después, cuando se bajó el telón, en el momento en que Margarita se deja caer trastornada en brazos de su amante, frenéticos aplausos interrumpieron el silencio, y Mila fué llamada repetidas veces á la escena.

Entonces, cuando los espectadores se disponían á salir durante el entreacto, un hombre que estaba detrás de Villeroy dijo á su vecino:

— ¡Pardiez... , cuando se piensa que esa mujer tiene marido!

Villeroy hizo ademán de volverse; pero el Sr. Macready le puso la mano en el hombro, casi con violencia, obligándole á permanecer inmóvil.

— En efecto, es verdad, contestó el otro; pero se asegura que es honrada ..

— ¿Quién puede asegurarlo con fijeza tratándose de tales mujeres? Esa debe ser más hábil que las otras, y á esto se reduce todo. Lo cierto es que el marido, que teniendo talento no gana apenas nada, ha hecho un soberbio negocio al casarse con la cantante.

Los dos hombres soltaron la carcajada, y alejaron riendo siempre.

— ¡Pero déjeme usted!, exclamó Villeroy, profiriendo un juramento, él que tan comedido era siempre en sus palabras.

— ¡Usted está loco! ¿Dar un escándalo? ¡Ah, no, de ningún modo! Entonces sí que charlarían.

— Ya los reconoceré dondequiera que los vea, y le juro á usted...

El Sr. Macready miró á su amigo fijamente. Lo que experimentaba en aquel momento no era en modo alguno compasión, sino más bien curiosidad; y también una alegría feroz y perversa, sentimiento oculto en lo más recóndito de su ser.

Consiguió salir con Villeroy, impidiéndole que volviese á ocupar su butaca de orquesta. Mientras le hacía dar vueltas por los *bulevares*, díjole cuanto un hombre juicioso puede decir en semejante caso, pues hay insultos que no se pueden recoger sin peligro de mancharse demasiado. Y cuando hubo persuadido casi á Villeroy, agitado aún por la cólera, añadió:

— Después de todo, amigo mío, usted no es una criatura, y al casarse con una cantante debió saber á qué se exponía. Mila es una mujer muy honrada; usted y yo estamos bien seguros de ello; pero los demás no están obligados á creer en su honradez, y además, esto les será indiferente. Es preciso también que se ponga usted en su lugar. Oyen cantar con calor, con verdadera pasión, papeles que, á fe mía, no son nada castos; ven una mujer joven y hermosa encarnando á Margarita, á Julieta ó á cualquiera otra, y no se les ocurre representarse esa misma mujer en su casa, sirviendo la sopa á su marido y cuidándose de la ropa blanca. ¡Nada tienen que ver con esto!

— Tiene usted una manera de consolar..., refunfuñó Villeroy.

— Le hablo á usted como á hombre razonable, no como á niño colérico; y le diré que en Mila hay dos personas: la artista y la esposa, su esposa de usted, su bien; ésta le pertenece, y pareceme que no puede estar quejoso; pero deje la artista para el público. En cuanto á vengarse de una palabra pronunciada al acaso por un desconocido, confiese usted que esto sería muy cándido. Debería batirse contra todo París.

— ¡Calumniarla á ella, que ha pasado altiva y pura entre los mayores peligros!

— Convenido; pero ha pasado, y para el mundo estúpido y maligno esto basta. Es preciso saber despreciar todas las calumnias; resentirse de ellas sería indigno de usted y de su esposa; y le aconsejo ante todo que no dé á conocer su disgusto á la pobre niña, porque esto sería cruel. No volveremos al teatro hasta que la representación haya concluído, y usted dirá á Mila que se marchó porque el calor le molestaba; pero en lo sucesivo ármese de paciencia, ¡qué diablos!, y no piense más en esas miserias.

— ¡Y el medio para no pensar más! Yo creo que soy el más cándido de los hombres. Veo la vida real como en un sueño, y este sueño embarga mi cerebro. Aún no me había ocurrido ni remotamente la idea de que pudiera sufrir por esa absurda pasión de los celos. Ahora sufro; me conozco bien; y sé que este padecimiento tomará mayores proporciones, como para recobrar el tiempo perdido. He sido demasiado feliz, y esto se paga, ya lo sabe usted. Sin embargo, en medio de la dicha de amar y de ser corres-

pondido más de lo que merezco, aún he llegado á pasar muy malos ratos. Entre Mila y yo hay disonancias que apenas echa de ver ella, por efecto de la rectitud y sencillez de su carácter; pero á veces comprendo de pronto que no somos de la misma raza; que ella ve y siente, que ama con toda la espontaneidad y el vigor de una nación joven, audaz y segura de sí misma. En algunas ocasiones el ligerísimo acento que ha conservado de su idioma irrita mis nervios cuando habla, como una nota falsa, y ella no lo sabe. Entonces me oculto en mi estudio y trabajo solo. Mila se asombra, se queja con dulzura, y esto me conmueve hasta hacerme derramar lágrimas. Mila vuelve á ser así completamente dichosa, y de este modo la ha visto usted á su regreso; pero si llegan á mezclarse en ello los celos ..

— No sucederá así, con tal que usted tenga un poco de buen sentido. En cuanto á esperar que no sufrirá usted nunca por su esposa, ó ella por usted..., tanto valdría pedir que se cambiase la naturaleza humana. Yo creo que todos hemos venido al mundo para atormentarnos mutuamente.

Macready y Villeroy volvieron muy despacio hacia el teatro de la Opera, donde Mila, algo inquieta por la desaparición de su esposo, hizo un movimiento de alegría al verlos, aceptando naturalmente la explicación del Sr. Macready. Aún estaba radiante por los agasajos recibidos y por los aplausos que al fin de cada acto la obligaron á presentarse, palpitante y tan feliz como era posible ante el público entusiasmado; pero Mila observó una especie de violencia en los elogios de su marido.

Cuando estuvieron solos, Villeroy, presa de la obsesión de una idea fija, que hace decir lo que sobre todo se debería callar, exclamó bruscamente:

— Debe ser muy desagradable caer así en brazos de un tenor cualquiera...

Trataba de sonreír al pronunciar estas palabras absurdas, pero su sonrisa no fué más que una mueca. Mila, que se hallaba aún bajo la influencia producida por aquella hermosa noche, tomó la cosa á broma.

— ¡Ya lo creo!, contestó, tanto más cuanto que mi tenor de esta noche había comido seguramente algún plato condimentado con ajo.

Villeroy se volvió de espaldas bruscamente; aquella especie de contento de su esposa le irritaba algunas veces, y aquella noche le pareció odioso y de muy mal gusto.

Sin embargo, aquel principio de borrasca se apaciguó pronto. Un pensamiento penetraba poco á poco en el ánimo de Villeroy, persistía á menudo largo tiempo en estado latente, germinaba después, y tomaba entonces proporciones alarmantes, fuera de toda regla y de todo lo verosímil.

Trabajaba mucho, sin resultado muy satisfactorio, y para esto se encerraba con frecuencia en su habitación de soltero, donde á veces dejaba caer su pluma, ó permanecía sentado ante el piano sin tocar.

Todo el pasado volvía entonces á su memoria: su primera entrevista con Mila, el encanto del amor naciente, el feliz ensueño, el colmo de la dicha y el casamiento efectuado con tanta brevedad y sencillez por una y otra parte. Todo esto pasaba y repasaba ante él, y á medida que reflexionaba, las cosas más sencillas y encantadoras desnaturalizábanse como esos seres entrevistados en una pesadilla, que se retuercen y dislocan, cambiando de forma y de naturaleza.

Bien mirado, ¿qué sabía él de Mila? Amábala; ella le correspondía; y de la profundidad de aquel amor de mujer no dudó un solo instante, porque esto hubiera sido muy difícil. Su género de vida era bien conocido; fuera del trabajo y de unas pocas relaciones, Mila le consagraba todo su tiempo, sin separarse apenas de él, y todos sus pensamientos eran para su esposo.

— Pero ¿y antes?

De su pasado no sabía en suma más que lo que ella le había dicho, casi nada. A los veinte años había estado sola en Italia y en Bélgica, no habiéndose reunido con ella su tía hasta más tarde; y mucho antes de esto .., en la vida medio salvaje de las montañas, galopaba á lo lejos junto á un gallardo joven que no le ocultaba su amor. Y al oír hablar de la especie de adopción del Sr. Macready, el primer pensamiento de Villeroy se había formulado con esta pregunta: «¿La ama á usted ese hombre?»

Entonces, avergonzado de sí mismo, recordaba cómo se había despertado brillante aquella naturaleza de mujer, cual la flor que se abre al contacto de un rayo de sol. ¡No, Mila no había amado á nadie antes que á él, y en el fondo lo sabía muy bien! No obstante, esto no impedía que un mal pensamiento volviese á su cerebro fatigado, y que á fuerza de fijarse en él llegara á concebir sospechas vergonzosas, las cuales rechazaba con enojo, sin que por eso se desvanecieran.

Villeroy trataba de analizar después el afecto que su esposa le inspiraba; y á su juicio no era dudoso que este afecto, por lo menos en un principio, había sido mucho menos espontáneo, irreflexivo y cándidamente apasionado que el amor de Mila. A la mujer prefería la cantante maravillosa que comunicaba vida á sus ensueños de músico; más pensaba en la intérprete de su *Sirena* que en la joven conmovida y cariñosa. Sus aspiraciones de enamorado tomaban como un reflejo de las candilejas del teatro, y con su ternura se mezclaban el sonido de los violines y los preludios de la orquesta, algo ficticio é inquieto.

Bien mirado, los imbéciles que le acusaban de haber hecho un buen negocio por su matrimonio no se equivocaban mucho. No habían visto más que la cuestión de dinero, de la que apenas se preocupaba todavía, tal era su indiferencia por cuanto se refería á la vida material; pero en la existencia hay algo más que el dinero y el lujo.

Es la gloria, el triunfo; y Villeroy ansiaba ardientemente alcanzar esto. Aspiraba á elevarse sobre los demás, sabiendo que era digno de ello, y que su música tenía lo que faltaba á la de muchos de sus contemporáneos, incluso el mismo Surgeres: la originalidad. Ambicionaba la reputación, y hasta la popularidad. Un artículo benévolo le colmaba de alegría; una crítica mordaz le producía casi una enfermedad, á pesar de que, lo mismo que sus colegas, afectaba despreciar la prensa.

Si con su *Lucifer* había alcanzado una de esas victorias que hacen época en la vida de un artista, á Mila era á quien debía este triunfo; y recordó con amargura la frialdad del público durante toda la primera parte, en la cual, sin embargo, se hallaba tal vez lo mejor de su inspiración. El triunfo se obtuvo más tarde, cuando había cantado su mujer, á la que tanto quería el público.

Entonces trataba de analizar la naturaleza de su afecto después de los dos años felices que acababan de transcurrir. La ternura exquisita de Mila había influido en él poderosamente; Villeroy no pudo menos de conocerlo y comprender cuánta profundidad y pasión se ocultaban bajo aquel hermoso aspecto de niña alegre y virtuosa. El sello de la raza, las diferencias de idioma, las costumbres, los ligeros disgustos superficiales producidos por esas discrepancias; todo desaparecía y era arrebatado por el amor, así como un río de poderosa y rápida corriente arrastra las briznas y los restos de toda especie. Esta era la mujer que él adoraba, sin que su imagen le abandonase nunca.

En un principio, las promiscuidades inevitables de la escena le inquietaban poco; esto era propio del oficio, y él, que escribía para el teatro y que en todo tiempo había estado en contacto con cantantes, respirando, sin fijarse en ello, el aire viciado de entre bastidores, no podía impresionarse por una cosa tan forzada y tan trivial. Sin embargo, poco á poco le habían disgustado vagamente aquellos largos días de amor, aquellos abrazos sospechosos, aquellos murmullos de voluptuosidad en medio de magníficas decoraciones, para alegría de algunos miles de desconocidos, que también se dirían sin duda en voz baja: «¡Y pensar que esa mujer tiene marido!»

¡Ah! El músico oía continuamente estas palabras; modelábanse en todas las combinaciones armónicas ensayadas en su piano, y resonaban en su oído irónica y cruelmente, como una burla de Mefistófeles. Esto llegó á ser una obsesión, de la cual se avergonzaba y que le hacía enfermar.

A pesar de todos estos pensamientos, sordos y ocultos en lo más profundo de su alma, su existencia continuaba siendo tranquila, y según todas las apariencias, feliz. Como para pedir perdón por sus ultrajantes meditaciones, Villeroy se mostraba muy cariñoso y apasionado, y Mila, un instante inquieta, se tranquilizaba muy pronto.

El Sr. Macready, durante sus visitas, que eran ya casi periódicas, observaba cómo volvía á despertarse la pasión celosa de aquel hombre que una vez estu-

vo á punto de estallar, promoviendo un escándalo en pleno teatro. No le engañó á él, como á Mila, la actitud del músico; sorprendía miradas rápidas que le revelaban el tormento oculto del esposo; veíale enflaquecer más aún, él, que era ya tan delgado, y notaba cómo se hundían sus ojos y cómo se formaba en la boca un pliegue que expresaba su amargura.

El Sr. Macready no había dejado de admirar al músico, y sin embargo, cuando después de una noche de dulce intimidad cruzaba las desiertas calles para volver á su casa, diciéndose que Villeroy estaba ya curado, sobrecogióle una especie de sorda indig-



Mila en el papel de Margarita de *Faust*

nación. Habiendo sufrido mucho, experimentaba como una necesidad de ver sufrir á los demás, y á las personas que le interesaban de cerca más bien que á los indiferentes. Profesaba á la princesa Pignacci, por ejemplo, un cariño sincero y una admiración profunda; fué su principal apoyo en el momento de la penosa crisis que hubo de atravesar, y habíala defendido valerosamente contra su innoble marido. Compadecíala, y sin embargo, en el fondo de su alma producíale una especie de cruel voluptuosidad verla sufrir. Esta oscura alegría mezclábase, respecto á Villeroy con una envidia que él se negaba á reconocer, que despreciaba altivamente, pero que no por eso existía menos.

El verano llegó al fin; la contrata de Mila había terminado, y aproximándose la época de su gran viaje á América, Villeroy no veía en esto más que el fin temporal de su tormento, y un reposo muy dulce en el retiro normando, tan querido de ellos que Mila había comprado la casita situada en medio del huerto. También le inspiraba al músico curiosidad aquel viaje por un país enteramente nuevo y extraño, del que su mujer le contaba maravillas. Por lo demás, las raras excursiones que habían podido hacer juntos les colmaron siempre de alegría. Habían visitado de paso los Pirineos, Suiza, los lagos de Italia; y todos estos sitios no eran para ellos una cosa trivial y gastada, como para tantos otros, sino un encanto perpetuo. Entonces eran felices como escolares en vacaciones, yendo adonde el capricho les impelía, del todo ignorados, como un matrimonio cualquiera, cuyo nombre, «señor y señora Villeroy,» en un registro de hotel, no despertaba curiosidad apenas. En aquella excursión por América, Villeroy entreveía bien las molestias inevitables de las presentaciones; pero como Mila había señalado días de reposo, los aprovecharían para hacer algunas escapatorias deliciosas.

Como quiera que sea, durante el mes que pasaron en el campo, Villeroy se empeñó en alejar de sí toda preocupación, y aquel descanso á orillas del camino fué muy dulce.

XII

Hacía un tiempo magnífico, y el buque transatlántico avanzaba á todo vapor; veíase ya la tierra de un tinte verde, con puntos blancos ó de color rojo obscuro, que eran las casas. El buque pasó cerca de una isla donde había diversidad de graciosas quintas casi sepultadas en la espesura y fábricas muy feas; mientras que á lo lejos, confusa y vaga como la imagen de un sueño, destacábase la colosal estatua de Bartholdi, con el brazo extendido en ademán triunfante.

Los Villeroy estaban en la proa del buque monstro, mirando tan pronto las costas como las gaviotas blancas; hacía ya cerca de dos días que algunas bandadas de estas aves acompañaban así al vapor, lanzando su grito peculiar, sumergiéndose para buscar los restos arrojados, quedándose atrás, y recobrando después el tiempo perdido en pocos instantes, merced al vigor de sus inmensas alas.

Mila, poseída ya de esa emoción que nos produce el aire natal, aspirábale á plenos pulmones, y estaba impaciente por sentar su planta en el suelo americano, abandonado hacía ocho años.

— ¿No es verdad que es hermoso?, preguntó á su marido. ¿No es verdad que la atmósfera tiene una limpidez, una transparencia y un no sé qué embriagador? ¿No es verdad que el sol parece aquí más alegre y más joven?

Villeroy sonreía al ver aquel entusiasmo; el americanismo que se despertaba de nuevo en su mujer divertíale entonces en vez de irritarle. Mila, estrechándose contra su esposo, había deslizado su mano en la de éste, y en aquel instante creíanse bien solos á pesar de las idas y venidas de los pasajeros. Por lo demás, casi todo el movimiento del buque se concentraba en otra parte en aquella hora, pues los preparativos de la llegada absorbían á los viajeros.

Durante la travesía, la curiosidad excitada en aquel pequeño

mundo por la presencia de Mila había molestado algo al esposo. Como era natural, fué necesario dar un concierto gratis, en el que Mila hizo maravillas, y así es que todos se agrupaban á su alrededor cada vez que subía á cubierta. Se hablaba mucho el inglés, y Villeroy corría con frecuencia á refugiarse en el salón de fumar con algunos ociosos como él. Al fin iba á tener la alegría de entrever aquella soberbia entrada de Nueva York, junto á su mujer y solo con ella.

El buque se detuvo para que subieran los oficiales de la aduana; sería necesario pasar al registro; pero ¡bah!, el tiempo les sobraba, y seguirían contemplando tranquilamente la hermosa bahía que se desarrollaba ante sus ojos.

Un criado se presentó de parte del comandante para rogarles que pasaran á su cámara, pues acababan de llegar varias delegaciones para dar la bienvenida á la señora del Paso, y había creído que sería grato á la artista recibirlas privadamente á fin de no excitar la curiosidad pública. Durante la travesía el comandante había dispensado siempre las más delicadas atenciones á los Villeroy.

— ¡Ah, exclamó Francisco, espero que esa gente no te entretendrá mucho!

— Esa gente, repuso Mila, representa mi triunfo, y ya sabes que le aprecio en alto grado, porque ha de ser para los dos. Aquí no hay medio de eludir la publicidad, y es preciso resignarse. ¿Rechazar una *interview*? ¡Ah, Dios me libre de hacerlo en un país como este!

Cuando llegaron al salón del comandante, viéronle en parte lleno de flores; allí había grandes ramos, canastillas, orquídeas raras, jarritos formados con rosas, cosas exquisitas, cosas absurdas, y en fin, de todo. En una bandeja veíase un montón de cartas, de tarjetas y de diarios para la diva.

(Continuará)

LA MUERTE DEL ALDEANO

Juan Luis Lacour tiene setenta años: ha nacido y envejecido en la Courteille, caserío de ciento cincuenta habitantes, perdido en un país de perros. En toda su vida no ha ido más que una vez a Angers, la capital del departamento, que dista quince leguas; pero era tan joven que ni siquiera se acuerda. Ha tenido tres hijos, dos varones, Antonio y José, y una hembra, Catalina. Ésta se ha casado; pero habiendo quedado viuda, ha vuelto a vivir con su padre, juntamente con un chiquillo de doce años llamado Santiaguito. La familia vive en una pequeña heredad, de la que saca lo puramente indispensable para mantenerse y vestir miserablemente. No puede decirse que sean de los más pobres del país, pero necesitan trabajar de firme y ganar su escaso sustento a fuerza de azadonazos; cuando beben un vaso de vino, bien puede decirse que lo han sudado.

El caserío de la Courteille está en el fondo de una cañada, rodeado de bosques que lo encierran y lo ocultan a la vista. No tiene iglesia porque el concejo es demasiado pobre; el cura de Cormiers es el que va a decir misa; pero como tiene que andar dos leguas, sólo acude cada quince días. Las casas, una veintena de tugurios desvencijados, están diseminadas a lo largo del camino; ante las puertas pululan las gallinas escarbandando el estiércol. Es

cosa tan rara y extraordinaria que pase un forastero por el camino, que cuando esto sucede las mujeres alargan la cabeza, y los chiquillos, que se revuelcan en el suelo tomando el sol, echan a correr chillando como animalejos espantados.

Juan Luis no ha estado enfermo nunca: es alto y nudoso como un roble. El sol ha tostado y curtido su piel, dándole el color, la dureza y la calma de los árboles. Al envejecer se ha quedado sin lengua, pues juzgando inútil el hacer uso de la palabra, no habla ya. Tiene la vista fija constantemente en tierra, y el cuerpo encorvado en la actitud del que la trabaja.

El año pasado era todavía más vigoroso que sus hijos; él era quien desempeñaba las faenas más rudas, silencioso en su campo que parecía conocerle y temblar en su presencia. Pero cierto día, hará unos dos meses, cayó y se quedó más de dos horas atravesado en un surco, como un tronco derrumbado. Al día siguiente volvió a su trabajo; pero de pronto sus brazos se quedaron sin fuerzas y la tierra no le obedeció ya. Sus hijos, al verle así, menearon la cabeza; su hija quiso retenerle en casa; pero él se empeñó en salir al campo, é hicieron que le acompañara Santiaguito para que gritara en el caso de que su abuelo volviera a caerse.

— ¿Qué haces ahí, haragán?, preguntó Juan Luis al muchacho, que no se apartaba de su lado. A tu edad ya me ganaba yo la vida.

— Estoy teniendo cuidado de usted, abuelito, contestó el niño.

Esta respuesta causó un brusco estremecimiento al anciano. No dijo una palabra, pero aquella noche se acostó y no volvió a levantarse. Al otro día, cuando los hijos y la hija fueron a salir al campo, entraron a ver a su padre, a quien no oían moverse, y le encontraron tendido en la cama, con los ojos abiertos y pareciendo reflexionar. Tenía la piel tan dura y tan atezada que ni siquiera se podía adivinar por ella el color de su enfermedad.

— ¿No se encuentra usted bien, padre?

Refunfuñó algo é hizo un ademán negativo.

— Entonces ¿no vendrá usted con nosotros?

El viejo les hizo una seña indicando que se marcharan sin él. Habíase dado principio a la siega y todos los brazos eran necesarios. Podía muy bien suce-

ceder que, si se perdía una mañana, estallara una tormenta que destruyera todas las gavillas. Santiaguito se fué también con su madre y sus tíos, y el viejo Lacour se quedó solo. Cuando regresaron al anochecer le encontraron en el mismo sitio, tendido siempre boca arriba, con los ojos abiertos y reflexionando.

— ¿No se siente usted mejor, padre?

No, no se sentía mejor: limitóse a refunfuñar algo y a menear la cabeza. ¿Qué le podrían dar para aliviarle? A Catalina se le ocurrió hacer un cocimiento de vino con hierbas, pero tal vez fuera una bebida demasiado fuerte que pudiera matarle. Entonces José

satisfacción. Se ha hablado otra vez de llamar al médico, pero decididamente está demasiado lejos; Santiaguito no podría andar el camino ni los mayores abandonar sus tareas. El anciano se limita a pedir que vayan en busca del guarda campestre, su antiguo camarada. El tío Nicolás es mayor que él, pues ha cumplido setenta y cinco años por la Candelaria; pero se conserva saludable y tieso como un chopo. Llega y se sienta a la cabecera de la cama de Juan Luis, meneando la cabeza. Juan Luis, que no puede hablar desde por la mañana, le mira con sus ojillos semiapagados. El tío Nicolás, poco hablador, le mira tam-

bién sin ocurrírsele nada que decirle. Y los dos viejos permanecen así una hora, sin abrir la boca, contentos con verse y recordando sin duda muchas cosas ocurridas allá en tiempos remotos. Aquella tarde, los hijos al regresar del campo encuentran a su padre muerto, tendido boca arriba, rígido y con los ojos muy abiertos.

Sí, el anciano ha fallecido sin mover pie ni mano; ha exhalado su último suspiro, un hálito más en la vasta campiña. Como los animales que se esconden y se resignan, no ha causado la menor molestia a sus vecinos, se ha muerto quieto, calladito y solo, sintiendo tal vez el embrazo que su cadáver causará a sus hijos.

— Padre ha muerto, dice Antonio llamando a sus hermanos.

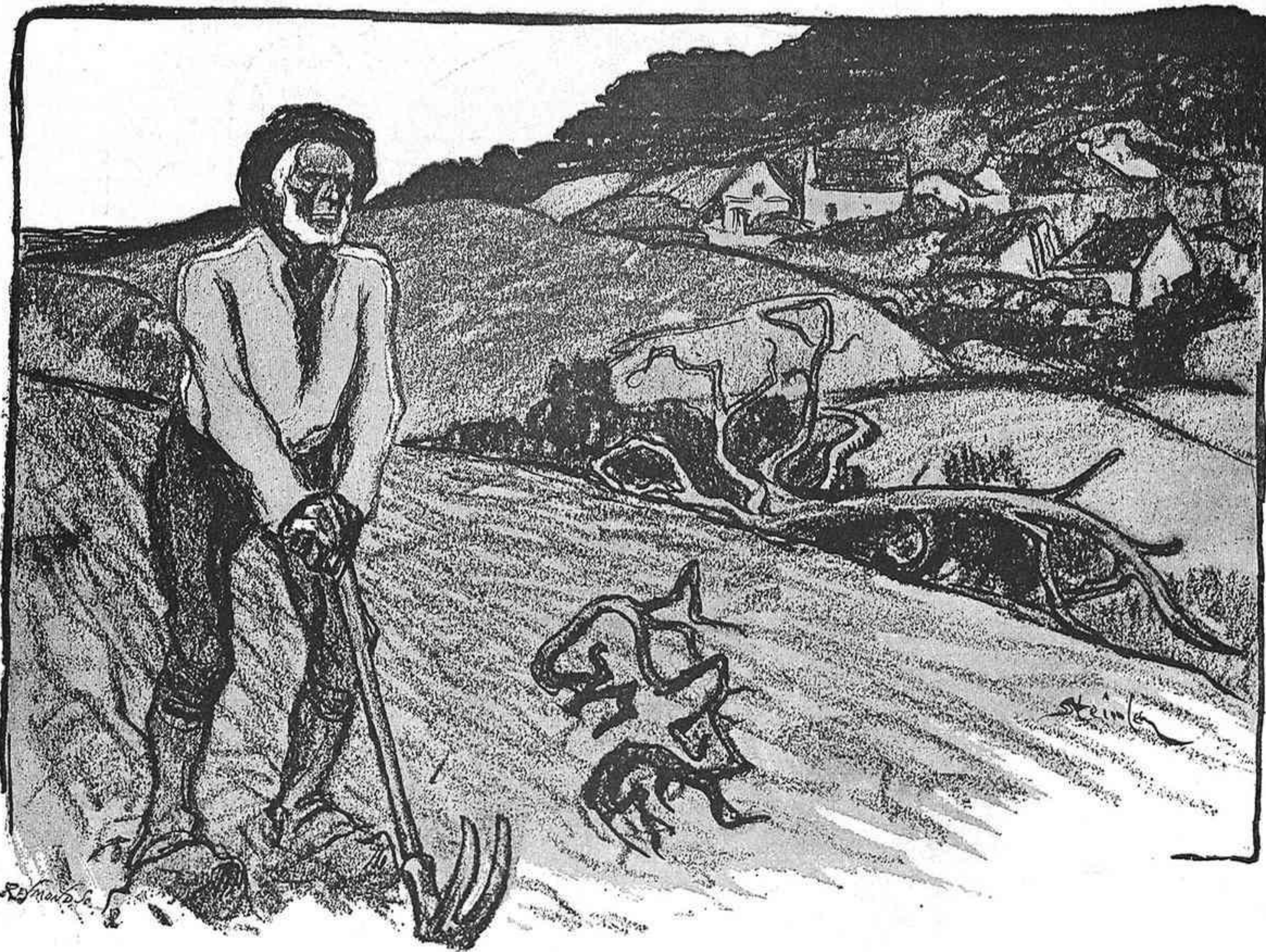
Y todos repiten:

— Padre ha muerto.

Lo cual no les extraña. Santiaguito estira curiosamente el pescuezo, Catalina saca su pañuelo y los dos hermanos se marchan sin decir una palabra, serios y pálidos. Así y todo ha durado mucho el buen padre; ¡todavía era bastante robusto! Y los hijos se consuelan con esta idea, orgullosos del vigoroso temperamento de la familia. Por la noche velan al difunto hasta las diez; a esta hora todo el mundo se va a dormir, y Juan Luis se queda de nuevo solo, con los ojos abiertos. Al rayar el día José marcha a Cormiers a avisar al cura. En cuanto a Antonio y Catalina, como todavía quedan algunas gavillas por retirar, se van tranquilamente al campo, dejando el cadáver de su padre al cuidado de Santiaguito.

El muchacho se aburre junto al cuerpo de su abuelo, que ni siquiera se mueve ya, y de vez en cuando sale a la calle del pueblo, entreteniéndose en apedrear a los pájaros ó en contemplar embobado cómo un buhonero enseña pañuelos a dos comadres; luego, cuando se acuerda del pobre viejo, entra corriendo en la casa, se cerciora de que el cuerpo sigue sin moverse, y se escapa en seguida para ver cómo riñen dos perros. Como deja la puerta abierta, las gallinas entran, y se pasean tranquilamente alrededor del lecho mortuario picoteando con fuerza el suelo. Un gallo rojo se endereza, estira el cuello, redondea sus brillantes ojos, alarmado sin duda al ver aquel cuerpo cuya presencia allí no acierta a explicarse; gallo prudente y sagaz, que sabe que el viejo no acostumbra a permanecer en la cama después de salido el sol; y acaba por soltar su agudo canto, sonoro como un clarín, comprendiendo quizás lo que sucede, cantando la muerte del anciano, mientras las gallinas salen una a una cacareando y picoteando la tierra.

El cura de Cormiers envía a decir que no podrá llegar hasta las cuatro de la tarde. Desde la mañana el aperador de la aldea se ocupa en aserrar tablas y en clavar clavos. Los que todavía no saben la noticia exclaman: «¡Calla! Será que Juan Luis ha muerto.» porque las gentes de la Courteille conocen bien aquellos ruidos Antonio y Catalina han regresado después de terminada la cosecha; no pueden darse por descontentos, porque hacía años que no se había recolectado tan hermoso trigo. Toda la familia aguarda al cura, ocupándose en algo para no impacientarse;



Juan Luis desempeñaba las faenas más rudas...

dijo que ya verían al día siguiente lo que convenía hacer, y todos se fueron a acostar.

Al otro día, antes de salir a continuar la siega, los dos hijos y la hija permanecieron un rato al pie de la cama de su padre. Decididamente, el buen viejo estaba enfermo, y pensaron en que tal vez harían bien en llamar al médico; pero lo malo era que había que ir a buscarlo a Rougemont: seis leguas de ida y otras tantas de vuelta, total doce leguas: se perdería un día entero. El anciano, que estaba oyendo a sus hijos, se agitaba y parecía enfadarse. No necesitaba médico: costaría demasiado caro.

— ¿No le quiere usted?, preguntó Antonio. Entonces, ¿podemos ir a trabajar?

— Sí, sí; podían ir a trabajar. ¿Para qué se habían de quedar en casa? La tierra necesitaba más cuidados que él. Si llegaba a morir, era asunto que tendría que tratarse exclusivamente entre él y Dios; mientras que todo el mundo tocaría malas consecuencias si la cosecha llegaba a perderse.

Y así pasaron tres días, yendo los hijos cada mañana al campo, mientras Juan Luis se quedaba solo, inmóvil, y a lo sumo bebiendo agua de un cántaro cuando tenía sed. Era ni más ni menos que uno de esos viejos rocinces que caen de cansancio en un rincón y a los que se deja morir. Después de sesenta años de trabajo, bien podía desaparecer de este mundo, puesto que ya no servía de nada sino de estorbo y para causar molestias a sus hijos. ¿Acaso se vacila en derribar los árboles que ya no dan fruto? La aflicción de sus mismos hijos no sería cosa mayor: la tierra los había resignado a estos trances, y estaban demasiado cerca de ella para querer arrancarle el viejo. Una ojeada al enfermo por la mañana, y otra por la tarde; no podían hacer más. Si fallecía, consistiría en que llevaba la muerte en el cuerpo, y todo el mundo sabe que cuando la muerte está metida en el cuerpo nada ni nadie es capaz de hacerla salir de él, ni las señales de la cruz ni las medicinas. A una vaca enferma se la cuida, porque si se consigue salvarla representa una ganancia de cuatrocientos francos.

Todas las noches interroga Juan Luis a sus hijos con la mirada sobre el estado de la cosecha, y cuando les oye enumerar las gavillas, hablar del buen tiempo que favorece el trabajo, entorna los ojos con

Catalina hace la sopa; José saca agua; envían á Santiaguito á ver si ya está abierta la fosa en el cementerio, y por fin á las cinco llega el cura en un carricoche, acompañado de un monaguillo. Se apea ante la casa de los Lacour, saca una estola y una sobrepelliz que llevaba envueltas en un papel, y se las pone diciéndo:

— Daos prisa porque á las siete tengo que estar de vuelta.

Pero nadie se apresura. Hay que ir á buscar dos vecinos de buena voluntad que quieran llevar el féretro. Desde cincuenta años atrás vienen sirviendo el mismo féretro y el mismo paño negro, apolillados, desgastados y descoloridos. Los hijos de Juan Luis meten el cadáver de su padre en la caja que ha traído el aperador, verdadera amasadera según lo gruesas que son las tablas. En el momento de echar á andar, Santiaguito se presenta anunciando que la huesa no está aún abierta del todo, pero que este no es inconveniente para que lleven el cadáver al cementerio.

Entonces el sacerdote rompe la marcha, leyendo en alta voz el latín de un libro. Le sigue el monaguillo llevando un viejo caldero de cobre con agua bendita, en el cual va metido un hisopo. Al llegar á la mitad de la aldea, sale otro muchacho de la granja donde se dice misa cada quince días, con una gran cruz enastada en la punta de un palo, y se pone á la cabeza del fúnebre cortejo. A continuación va el cadáver en el féretro llevado por dos aldeanos, y luego la familia. Todos los vecinos de la aldea se reúnen poco á poco á la comitiva, y un séquito de galopines, medio desnudos, descalzos y desarrapados, cierra la marcha.

El cementerio está al otro extremo de la Courteille, y como la distancia es larga, los campesinos que llevan el féretro descansan dos veces en medio del camino, toman aliento, se escupen en las manos mientras el cortejo se detiene; luego reanudan la marcha

y se oye el acompasado ruido de los zuecos sobre la dura tierra. Cuando llegan al cementerio, la fosa no está aún abierta del todo; el enterrador está en su fondo trabajando y echando fuera paletadas de tierra. ¡Qué cementerio tan silencioso y tranquilo, adora-

revela en la sangre roja de las múltiples amapolas. Han dejado el féretro junto á la fosa, mientras el enterrador sigue sacando paletadas de tierra. El muchacho que lleva la cruz acaba de hincarla en el suelo á los pies del ataúd, y el cura, de pie á la cabeza de éste, continúa leyendo oraciones en latín. Los circunstantes observan con curiosidad el trabajo del enterrador; rodean la fosa, y no apartan la vista del vaivén de la pala. Y cuando vuelven la cabeza, el cura se ha marchado ya con los acólitos, no quedando allí nadie más que la familia.

Por fin queda abierta la fosa.

— Ya es bastante honda, dice uno de los aldeanos que han llevado el féretro.

Y todos prestan su ayuda para bajar el ataúd. ¡Qué bien estará el tío Lacour en aquel hoyo! Conoce la tierra y la tierra le conoce: harán muy buenas migas. Ha ya más de cincuenta años que ella le ha dado aquella cita, ¡el día en que la descargó el primer azadonazo. Por ahí debían acabar sus amores; la tierra debía cogerle y guardarle en su seno. ¡Y qué descanso

tan apacible! Únicamente oír las leves pisaditas de los pájaros cuando saltan por la hierba. Nadie andará por encima de él, permanecerá años enteros en su rincón sin que se le moleste, porque en la Courteille no mueren dos personas al año y los jóvenes pueden envejecer y morir á su vez sin molestar á los viejos. Es la muerte apacible y bañada de sol, el sueño sin fin en medio de la calma de las campiñas.

Los hijos se han acercado. Catalina, Antonio y José cogen un puñado de tierra y la echan sobre los restos del viejo. Santiaguito, que ha cogido amapolas, se las echa al mismo tiempo. Luego la familia regresa á la casa, los animales vuelven de los campos, el sol se pone, y la aldea queda sumida en un sueño tranquilo al calor de una noche estival.

EMILIO ZOLA



Cierto día cayó y se quedó atravesado en un surco

mecido á los tibios rayos del sol! Rodéale un seto en el que los gorriones hacen sus nidos; allí han crecido zarzas, y los muchachos acuden en septiembre á comer moras. Es algo así como un jardín en campo abierto, donde todo germina y crece al azar. En el fondo hay groselleros enormes; en un rincón, un peral se ha hecho tan corpulento como un roble; en medio una calle de tilos forma un paseo fresco, una umbría bajo la cual los ancianos van á fumar sus pipas en verano. El terreno, inculto y desierto, está poblado de altas hierbas, de magníficos cardos y de matas floridas en las que se posan blancas mariposas. El sol quema, las cigarras chirrian y las moscas de dorados reflejos zumban con gratos estremecimientos de calor. Y el silencio siente también estremecimientos de vida; percíbese el júbilo postrero de los muertos, la savia de aquella tierra grasa que se

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exijase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**
Comprimidos de Exalgina
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
 DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la **Energía vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm.º, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT**
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especidones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la empcion de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA CESIÓN HECHA POR EL ESTADO Á LA CIUDAD DE BARCELONA DE LOS TERRENOS QUE OCUPARON LAS ANTIGUAS MURALLAS, premiada en concurso público, obra del escultor Eusebio Arnau

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1873 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS . de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 "PARIS, 31, Rue de Seine."

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 EL JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^o B^o BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^o en Paris 8^o St-Denis 16

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION **ASMA** y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^o, F^o 102, R. Richelieu, Paris

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^o FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias